



Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Periodismo

LAS VÍAS Y CANCHAS DE LOS TIEMPOS

Relatos sobre la Maestranza de San Eugenio y el Club Deportivo Ferroviarios

Memoria para optar al título de Periodista

Estefanía Labrín Cortés

Profesor guía: Eduardo Santa Cruz

Santiago, Chile 2015

Dedicatoria

A mi abuelo Orlando Cortés. A Rafael González que me ayudó a mantener la calma, los pies en la tierra y los ojos en el cielo. A Jeanette Cortés y Víctor Labrín por traerme a este mundo en la ciudad más bella del mundo, y por quererme como soy. A toda mi familia ya sea de sangre o no; mis amados tíos, mis preciosos primos, mis hermosas hermanas, mis maravillosos amigos y a todos quienes me abrazaron, acompañaron y dieron apoyo (y comida) en lo que fue mi vida universitaria. A la Maestranza, al *Ferro* y todos los ferroviarios de Chile.

Agradecimientos

A la Asociación de ferroviarios jubilados “La Santiago” y sus miembros, sobre todos los que accedieron a ser entrevistados, y los que participaron en conversaciones grupales en las reuniones.

A Luis Eyzaguirre, Leonel Sánchez y Raúl Coloma.

Agradezco al Sifup por la asistencia para conseguir contactos. A la Universidad de Chile, y a mi profesor, Eduardo Santa Cruz.

TABLA DE CONTENIDO	
RESUMEN	5
INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO 1: LA MAESTRANZA DE SAN EUGENIO	12
1.1 El ecosistema de la Maestranza	12
1.2 La vida no fue eterna en cinco minutos	23
1.3 La lola del <i>Ferro</i>	32
1.4 Nadie fue.....	47
1.5 Con los “mocos congelados”	53
CAPÍTULO 2: EL EQUIPO DE LOS FERROVIARIOS	60
2.1 Los Enterradores.....	60
2.2 De como nunca se debe ir del estadio antes del pitazo final	69
2.3 Sin guantes atajo mejor.....	77
2.4 El <i>Ferro</i> lleno de grandes.....	87
2.5 El penal.....	96
CONCLUSIONES	104
BIBLIOGRAFÍA	109

RESUMEN

La investigación que se presenta a continuación consiste en la redacción de historias reales ocurridas a personas ligadas de una manera u otra a la Maestranza de San Eugenio, y el equipo de fútbol Ferroviarios (que en un momento tuvo el nombre de Ferrobádminton). Los textos están redactados en estilo crónica, y la información fue obtenida a través de distintos métodos, que incluyen entrevistas personales, asistencia a reuniones de ferroviarios jubilados, y conversación con conocedores del fútbol chileno.

El objetivo de la investigación fue de recuperar las historias ocultas en la Maestranza de San Eugenio, y el equipo de fútbol, con un sentido más allá de lo nostálgico, sino también comparativo a la realidad laboral y deportiva de Chile. Una reflexión en la que muchos de los problemas de hoy se podrían tratar de resolver con un estilo de vida de ayer. El objetivo no es hacer memoria para que quede sólo en el recuerdo, sino que tratar de devolver la realidad narrada a sus personajes, y entender por qué quieren traer estas experiencias de vuelta para generaciones futuras.

Gran parte de las historias presentan personajes con nombres distintos a los reales, y algunos comentarios hechos fueron *off the record*, en la mayoría de las

casos, debido a que los protagonistas jamás habían comentado lo que vivieron en la Maestranza o en el equipo de fútbol.

INTRODUCCIÓN

La Maestranza de San Eugenio fue por mucho tiempo el corazón latiente que alimentó las vías ferroviarias de Chile. A pesar de que no era la más grande, por un tiempo sí fue la más importante y de las últimas que se mantuvieron en pie después de los años de desmantelamiento. El estado del arte respecto a esta Maestranza es limitado, gran parte de las investigaciones se han centrado en su símil de San Bernardo, cuyo alto número de trabajadores desaparecidos en dictadura, generaron una serie de estudios y reportajes en todos los formatos, y que han alcanzado a gran parte de la población.

La Maestranza de San Eugenio en general es mucho menos conocida que la de San Bernardo, y pocas veces se ha retratado el ambiente existente en el lugar, ni tampoco cómo afectó el Golpe de Estado a los trabajadores de San Eugenio. Su ubicación estratégica detrás de Estación Central fue propicia para el desarrollo de los barrios aledaños, en los que hasta el día de hoy viven muchas familias ferroviarias de antaño.

Fue fundada en 1904, y aunque en sus inicios, el terreno era el hogar de las familias ferroviarias, de manera paulatina y en un proceso muy lento, las casas se fueron convirtiendo en talleres y los patios en casas de máquinas. Ya llegando a la década de los 40, se convirtió en un establecimiento subsidiario de

la Maestranza de San Bernando, a partir de lo cual se dio inicio a un proceso en reversa. A medida que pasaron los años y acabaron las épocas de oro de Ferrocarriles del Estado, sobre todo en medio de una dictadura violenta con los trabajadores y la economía de la empresa que había sido estatal, y que terminó siendo dividida en pedazos y vendida al mejor postor; la Maestranza de San Eugenio comenzó a concentrar los últimos retazos de talleres. A medida que cerraban otros espacios de trabajo, San Eugenio crecía y se alimentaba de lo que quedaba de los talleres cerrados de otras maestranzas.

Aun así, San Eugenio nunca pudo recuperar del todo la cantidad de personal que tenía previo al Golpe de Estado, cuando la ola de despidos redujo los talleres a la mitad, al igual que los sueldos de los que quedaron.

Una gran parte de los trabajadores que jubilaron en la Maestranza de San Eugenio pasaron a formar parte de la Asociación de Jubilados y Montepiadas “La Santiago”, Orlando Cortés Otarola es el presidente de la asociación y es el eslabón directo que motivó esta investigación.

El objetivo fue recuperar la memoria dejando fuera la lástima de los mejores tiempos, sino que usar el recuerdo como herramienta para que el lector se pregunte ¿por qué se acabó todo esto? Esta pregunta está presente de manera sutil en casi todos los relatos, más no hubo necesidad de formularla

directamente a ninguno de los entrevistados, ni de redactarla explícitamente en las crónicas.

La época previa al nuevo milenio en términos comunicacionales era muy diferente a lo que se puede encontrar hoy, especialmente en los hogares comunes de clases sociales bajas. La fuerza laboral masculina seguía siendo la predominante, los hijos abundaban, al igual que las labores, pero la comunicación dentro de los matrimonios era algo complejo de encontrar. Eso lleva a postular la tesis de que muchas de las historias que se iban a desenterrar no habrían sido compartidas en momentos previos. Esto podría acarrear un peso emocional aún mayor de lo que una historia ya contada pudiese traer, por lo que las historias, y el resultado final podría ser de carácter íntimo y anecdótico.

Para conseguir las historias centrales de cada crónica se realizó una serie de entrevistas personales a los protagonistas. De carácter semi-estructurado, los cuestionarios en general tomaron de una a dos horas en conversación. Para obtener detalles en anécdotas vergonzosas o de carácter social, se estimó que en la investigación sería más fácil hacerlo en entrevistas grupales. Esto es, a través de la asistencia a las reuniones ocasionales de “almuerzos bailables” organizadas por la Asociación de Jubilados y Montepiadas “La Santiago”, en las que la metodología fue la observación, el escuchar, y conversar casualmente

respecto de un evento u otro. En estos casos no se utilizó grabadora, y los datos obtenidos fueron usados para añadir más detalles a las historias.

Además, para corroborar datos de fechas, características de algunas eventualidades, contexto noticioso y entorno, se recurrió a la consulta de diarios de la época, en el caso del capítulo 1. Y para el capítulo 2, la revista *Estadio* fue esencial para consultar fichas técnicas de partidos, planteles, crónicas de enfrentamientos, y redacciones que permitieron identificar el modo de juego del *Ferro*.

El objetivo fue capturar el ambiente existente en la Maestranza de San Eugenio, y en los camarines y graderías del Estadio San Eugenio, poniendo énfasis en la cotidianeidad, y las cosas sencillas. Además de reivindicar la “tragicomedia” como parte esencial de la cultura popular tanto de la época como de hoy; el reírse de las desgracias. En muchos sentidos, la intención fue capturar pequeños momentos y fragmentos de vida del pasado, que a pesar de ser ajenas para un presente ajetreado, pudiesen ser de identificación en términos de deseo social, o memoria.

La hipótesis que también le da propósito a esta captura, es que a través de ella se pudiese comprobar, o refutar la existencia de una correlación entre dos mundo: el laboral de la Maestranza de San Eugenio, y el deportivo Equipo de

Ferrovianos. Descubrir las similitudes (en caso de que existiesen) entre los dos espacios, en términos sociales, laborales, culturales y de idiosincrasia, todo a través del testimonio de los actores que en ellos interactuaban, tal vez encontrando formas de representación clásicas que hubiesen permitido una identificación entre los personajes de estos dos mundos.

CAPÍTULO 1: LA MAESTRANZA DE SAN EUGENIO

1.1 El ecosistema de la Maestranza

La Maestranza de San Eugenio fue un lugar que estuvo lleno de risas y lágrimas. Tiene sentido pensar que el espacio físico que ocupó, fue primeramente el lugar donde se habían instalado los hogares de las familias ferroviarias, y que luego fue transformado en un taller en constante crecimiento. De todas las personas que alguna vez trabajaron en la empresa, las que quedaron en las etapas finales y pudieron ser testigos de toda la transición, del desmantelamiento militar y el regreso a la democracia con cientos de promesas sin cumplir, son las que lograron absorber las experiencias de los mejores y peores tiempos. Los que tuvieron la dicha de jubilar en una Maestranza llena de gente y celebración, probablemente tienen recuerdos gratos de cómo fue su último día.

Ferrocarriles del Estado fue de las pocas empresas que empezó a incluir a la fuerza laboral femenina en sus listas incluso desde la primera mitad del siglo XX, y a medida que fue aumentando el cupo de trabajo femenino, las historias comenzaron a crecer. Se armaron romances temporales, infidelidades matrimoniales y hasta el surgimiento de nuevas parejas de vida. En muchos casos las historias quedaron ocultas bajo secreto máximo, probablemente sólo para ser recordadas por sus protagonistas, pero otras van saliendo a la luz.

La Maestranza de San Eugenio era un laberinto de talleres, locomotoras abandonadas y carros de carga en mal estado. Todos sobre vías de metal que a veces se mantenían como nuevas, y en otras ocasiones el óxido y el uso habían hecho de las suyas. Fue entre estos espacios abandonados y poco explorados que un día una pareja de trabajadores amantes se escabulló para pasar tiempo a solas (lo cual a todas luces es un eufemismo, pero los relatos llegan como quieren aparecer). Ambos estaban casados por su parte, pero habían encontrado en el otro la compañía que escaseaba en el hogar. Caminando entre el misceláneo paisaje del mundo ferroviario rústico y en su expresión más desordenada, encontraron un carro sobre una vía que ofrecía bastante estabilidad. Era de carga, no tenía techo, pero estaba vacío y tenía un buen espacio disponible. Pero la pareja no se había percatado de un detalle bastante importante: el carro estaba enganchado a una locomotora de salida¹. El primer movimiento los alertó y siendo él más rápido que ella, alcanzó a bajar de un salto del carro antes de que la locomotora se lo llevara a toda velocidad fuera de la Maestranza.

El carro sin techo no paró hasta llegar a Rancagua, no solo el viaje fue largo, sino que además el día estaba lluvioso, como para agregarle algo más. La mujer llegó mojada a la estación, y tiritando de frío se bajó, para de alguna

¹ La Maestranza de San Eugenio fue construida en relieve, para hacer que los carros y locomotoras arranquen ahorrando carbón, y energía. Funcionaban con el impulso de la pendiente, y debido al peso de las máquinas, y los metales la velocidad que tomaban desde un principio, era muy alta.

manera contactar a su esposo desde la cabina del jefe de estación. Nadie sabe cómo explicó la situación, pero terminó divorciándose con el paso de los meses. Su historia, por otra parte quedó dando vueltas en toda la Maestranza durante años, y es recordada hasta el día de hoy. Aunque una gran mayoría no conocía el nombre de los implicados, ellos pasaron a ser parte de la memoria colectiva de los mitos urbanos en los talleres.

Estos dos trabajadores anónimos le hicieron compañía a una infinidad de historias que susurraban los colegas fraternos de la Maestranza de San Eugenio entre las horas de trabajo, y sobre todo esperando a los instructores en las clases para subir escalafón laboral. El sistema en el que operaba la Maestranza estaba marcado con la alta presencia de espacios para el estudio; los trabajadores tenían la opción de perfeccionar sus áreas de trabajo a través de cursos cortos que además les permitían ascender de posición², aunque el conocimiento más premiado fue siempre la experiencia; los trabajadores podrían haber dado cátedra en cualquier curso de ingeniería sin saberlo. Lograban balancear el peso de los metales, los materiales, la fricción, la resistencia, planos dignos de arquitecto, todo sin un diploma. Los estudios solo le ponían un nombre a lo que ellos ya conocían en el campo.

² Los escalafones variaban en cada taller, pero en general pasaban de asistente de tercera, a segunda y a primera, para luego ser tercero al mando; continuar subiendo para ser jefe de grupo de tercera, y como meta ser jefe de taller, o de expertos.

Este sistema de movilidad laboral fue diseñado en la década de los '40 y funcionó con total normalidad hasta previo al Golpe de Estado de 1973, tras lo cual sufrió algunos reveses y la baja en la cantidad de trabajadores que quedaron hizo el ascenso bastante más lento y reducido. Sobre todo considerando que en los años 80 se contrató a muchos profesionales externos que al estudiar los planos y balances que hacían los maestros de taller. Estos profesionales comúnmente quedaban pasmados con el trabajo, intercambiando miradas y sacando cuentas inútiles sin la experiencia de campo.

De todos modos los años previos fueron una fiesta, como los jefes de taller comenzaron siendo colegas del resto de los trabajadores, las relaciones entre ellos eran cercanas y fraternas, sin los temores y los recelos que hoy en día tan fácilmente se encuentran en las oficinas modernas. Por esta razón, los protagonistas de muchas de las historias murmuradas entre talleres solían ser los jefes, que como parte de sus labores comunes tenían programados varios viajes entre regiones, ya que previo al Golpe casi todas las Maestranzas (como Valdivia, Temuco, Concepción y San Bernardo) estaban activas y funcionaban como centros prácticamente independientes en reparaciones y talleres para abastecer la larga cadena de servicios y ramales que conectaban las ciudades pequeñas con las grandes urbes regionales. Eran estas cortas aventuras las que nutrían de chismes a todos los talleres y llenaba de risas las horas de silencio.

Uno de los jefes de uno de los cientos de talleres de la Maestranza (nadie quiere admitir quién fue, o tal vez todos guardan secretos), en una ocasión tomó un tren a Temuco para coordinar algunos trabajos de vías que debían hacerse para conectar de mejor manera los itinerarios de reparación. En los viajes por trabajo, y dependiendo de la disponibilidad, la empresa ponía a disposición un “departamento” en el tren. Esto era un coche con camarote, con un velador y luz independiente, un lugar muy espacioso y cómodo, pero por alguna razón al jefe de taller que algunos llamaban *Lolo* prefirió pasar sus horas de trabajo en el salón comedor con una taza de café.

De reojo vio a una señorita sentada en el lado opuesto del salón, que leía una revista mientras comía un pedazo de torta, eran altas horas de la noche, y a *Lolo* le pareció extraño verla despierta, pero el guardia de coche que se le acercó aclaró sus dudas. La señorita no tenía un lugar para “descansar los huesos” esa noche, había pagado por un departamento, pero un error en boletería le dejó sin cama. *Lolo* se distinguía por su caballerosidad, y aceptó cederle uno de los colchones del camarote a la señorita cuyo nombre nunca llegó a conocer. Ella se acercó a su mesa para darle las gracias y se fue a acostar, probablemente llevaba muchas horas esperando un lugar para instalarse.

Lolo llegó al departamento unos minutos después, y se encontró a la señorita ya acostada haciendo el crucigrama de un periódico en la litera de abajo. Él se fue a cambiar de ropa al baño, y volvió a descansar en la litera superior. “Buenas noches, señorita” dijo antes de arrojarse y dormir. Al día siguiente la invitó a tomar desayuno al coche comedor, conversaron de muchas cosas, como el clima afuera, las razones de sus viajes, las noticias del día, pero por alguna razón desconocida no se preguntaron sus nombres. Al bajarse del tren, en Temuco, *Lolo* la detuvo unos segundos en la estación, y le preguntó si podía tener su teléfono para llamarla y seguir conversando. Ella le sonrió y negó con la cabeza; “Usted tuvo la oportunidad, y no la tomó. Ahora fuera del tren, ya no puedo”. Y el caballeroso *Lolo* quiso devolverse en las vías de los tiempos para hacer las cosas de modo distinto.

“Lolo”, “Chico”, “Negro”, sobrenombres que hoy fácilmente pueden ser ofensivos, y motivo de citación de apoderado si un niño le dice a otro en el colegio, en aquella época eran el pan de cada día. No había un solo trabajador que no tuviera un sobrenombre propio, en muchos casos los que contaron estas historias, no recuerdan el nombre real de personajes de los talleres.

A Orlando Cortés Otarola lo llamaban *La Madre*. Llegó a San Eugenio el año 1964 después de pedir el traslado desde Valdivia; ya que su hija mayor había quedado sorda producto de una negligencia médica en el tratamiento de una

meningitis. Lo que ahora es la Región de los Ríos, en esos tiempos no tenía el nivel de avance urbano que tiene hoy, y en general el sistema educativo nacional dejaba mucho que desear respecto de la pedagogía diferencial, por lo que los únicos dos colegios para sordos estaban en Santiago.

Orlando siempre fue una persona trabajadora, y por influencia de su madre, Graciela Otarola, se involucró en el sindicalismo desde muy joven. Junto con otros compañeros formó el sindicato de mecánicos en Ferrocarriles del Estado en 1960; su principal bandera de lucha fue la mejora en los escalafones que en aquél momento funcionaban como un cono, o pirámide, y que poco a poco se fue transformando en un cilindro en el que hasta podían haber 14 jefes por sector.

Cuando llegó a Santiago, Orlando ya había escalado algunas posiciones, y su nivel de estudio le permitió optar a un puesto como jefe de taller. Se hizo cargo del taller de carros, y el grupo se adaptó bastante rápido a su personalidad y forma de trabajo, fue poco el tiempo que le tomó a todos recibirlo como uno más, y tratarlo como tal. El sobrenombre llegó porque a pesar del estilo de vida desordenado que tenía, sabía ponerle freno a los trabajadores que se salían demasiado de los límites de la locura, y escuchaba los problemas de todo quien quisiera compartir sus penas. Defendió a sus trabajadores en todo momento, los ayudó, y permaneció como figura estable en los talleres de la Maestranza.

La Madre estaba siempre a cargo, tenía todo bajo control, y nadie se sentía dejado atrás.

Los sobrenombres tenían una carga cultural tremenda en la Maestranza, era muy difícil cambiarlo una vez que ya había dado la vuelta por todos los talleres, y aunque en algunos casos los sobrenombres eran secretos para los susodichos, después de un tiempo todos parecían olvidarlo y terminaban llamándolos *Care candado* o *Care Búfalo* en conversaciones formales. Aunque hubo un caso en el que el secreto se mantuvo hasta que se cerraron definitivamente las puertas de la Maestranza.

El *Caldo e' yegua* fue un jefe que llegó a reemplazar a un entrañable ingeniero en el taller de mecánicas varias: Raúl. El sobrenombre seleccionado para quien sería el nuevo al mando tenía que ver con el color que usualmente toma el agua cuando se hierva carne de yegua, la cual en la cultura popular es el animal menos apetecible para comer; después de esta descripción no sería necesario ahondar mucho más en las características de la personalidad del jefe nuevo que aparecería una jornada de primavera en los años 80.

Todo el taller estaba preparando una despedida para Raúl, habían arrendado un local por la calle Exposición, y el cóctel lo había preparado la señora Isabel del restorán "El Ferro". Trabajadores de talleres aledaños también fueron a una

tarde que prometía alta calidad en comida y bebida, y cuya resaca podría durar hasta dos días. El problema es que mientras los trabajadores del taller susurraban sobre los últimos detalles de la fiesta, *Caldo e' yegua* escuchó y quiso sentirse incluido, ante lo cual el resto de los compadres no tuvo más opción que invitarlo.

La cara de casi toda la fiesta se puso un tanto más seria al ver llegar a *Caldo e' yegua*, el responsable indirecto de la partida de Raúl, quien por muchos es reconocido como el mejor jefe que hubieran tenido. De todas formas, la cantidad obscena de comida y bebida que habían llevado al local hizo que la despedida estuviese a su altura. Bastaba que los invitados cruzaran las puertas para quedar pasmados por las grandes cantidades de alimentos que apenas dejaban espacio en las mesas para apoyar los cientos de vasos llenos de alcohol que todos tenían en sus manos.

Al pasar de las horas, el ambiente se empezó a poner más decadente. *Caldo e' yegua* se había ido a sentar al lado de Raúl que estaba medio dormido en las mesas de la cabecera, y se balanceaba lentamente al ritmo de la música. Fue entonces que uno de los tantos personajes en la Maestranza que llevaba como sobrenombre *Chico*, se tambaleó hacia la mesa para abrazar a Raúl, pero sus buenas intenciones quedaron en que toda la mescolanza de ingredientes en su

estómago comenzó a revolverse y devolvió todo lo que había consumido en la fiesta... sobre la espalda de Raúl.

Entre tres lo llevaron al baño, incluyendo a Orlando “La Madre” Cortés y su amigo Juan Román Díaz. “¿Por qué mejor no vomitaste al *Caldo e’ yegua*?”, le decían mientras además limpiaban a Raúl, que había llevado su mejor traje a la fiesta. “Si, si, si me dan ganas de nuevo voy a ir corriendo donde el *Caldo e’ yegua*” decía el Chico. Pero cuando le llegó la recaída, no alcanzó a llegar donde el nuevo jefe, y su víctima fue Raúl de nuevo, que se acababa de terminar de limpiar.

Las historias en la Maestranza siguen un hilo conductor tan enredado como sus caminos para llegar de un taller a otro. Muchas veces los relatos boca a boca se iban convirtiendo en épicos de tipo griego, y en ocasiones quedaban olvidadas. No hay forma de saber si los mitos urbanos que circulan en el espacio tienen algo de cierto, pero lo que no se puede negar, es que son verosímiles en todo nivel, porque representan características inherentes en el ferroviario, como la picardía, la caballerosidad cuando se requiere, y la capacidad de festejar las ocasiones que lo ameritan.

A pesar de los cambios en los tiempos, y el desmantelamiento de Ferrocarriles del Estado que comenzó en dictadura y que, una vez de vuelta en democracia

no tuvo intenciones de ser devuelto a funcionamiento, el espíritu del ferroviario se mantuvo inamovible, al igual que los sobrenombres.

1.2 La vida no fue eterna en cinco minutos

Clorindo Contreras nació en Valdivia en un nido de familia ferroviaria. Su padre y su abuelo llevaban la carga de la historia y el amor a una institución que los llevó a conocer otras ciudades y ser felices. No hubo muchas dudas respecto a lo que iba a hacer Clorindo con su vida; él lo sabía y nunca quiso renegar de sus raíces, ni la determinación que éstas iban a tener en su futuro.

Su padre trabajaba en la Maestranza de Valdivia antes de ser transferido al taller eléctrico de San Eugenio. En Santiago, Clorindo estudió en el Liceo de Aplicación antes de entrar a la Escuela de Artes y Oficios para salir con el título de electricista, al igual que su padre. Jugó en su adolescencia en el equipo de fútbol del taller eléctrico de la Maestranza, por lo que antes de entrar a trabajar ya le decían “postula, campeón”. En su primer día de trabajo en 1949, todo se dio natural, ya era uno más del grupo, todos lo conocían y sabían que el “chico nuevo” era “un siete para la pelota”.

En la Maestranza de San Eugenio Clorindo se armó una carrera que trajo sonrisas para él y su familia, fue subiendo de escalafón en medida que pudo, estudió dos años para especializarse en automotores y locomotores eléctricos, y sus buenos momentos fueron tan alegres que hasta el día de hoy se mantiene ligado a las asociaciones de jubilados ferroviarios, siendo Vicepresidente de “La

Santiago”. Pero, desde su llegada a la Maestranza a su abrupta partida hay una historia oscura, llena de dolor a la que Clorindo prefiere no referirse con mucha regularidad.

En sus primeros años como principiante en el taller, su nombre estaba marcado por el de su padre -que era el jefe del grupo-, pero la experiencia de Clorindo, y el buen trabajo que desempeñó, silenció todos los rumores que daban vueltas respecto a una pequeña “ayudita” del jefe para el ingreso de su hijo. Su vasto conocimiento en el campo, hizo que se fuera ganando la confianza de sus pares. Claro que su paso por los trabajos en terreno le costó uno que otro accidente con la corriente.

El peor escenario lo vivió en Valparaíso. Colgando de un poste de alta tensión en el puerto, uno de sus compañeros por error activó los automáticos a través de una palanca grande y pesada. La corriente pasó por prácticamente todo el cuerpo de Clorindo, que si no hubiese sido por su otro compañero que alertó de lo que pasaba para que se volviese a cortar la energía, no lo habría contado. Recuerda que se quedó colgando del cinturón del arnés, estaba consciente pero “medio desmayado”. Después de bajarlo, y vendarlo, sus compañeros le recomendaron regresar a Santiago, pero él prefirió quedarse. Clorindo era así, no se rendía y confiaba en sus capacidades, en las cosas que le hacían sentido. Estas características, sumadas a su increíble perseverancia lo llevaron

a asumir como jefe de grupo en el taller muchos años después. En este puesto lo pilló el Golpe de Estado.

Para entender por completo lo que pasó por su cabeza ese día, hay que retroceder un poco. Clorindo Contreras no militaba por ningún partido, pero había votado por Salvador Allende, y había disfrutado sus años de gobierno. Sin saberlo, él y su padre fueron cómplices de un comerciante que escondía la mercancía de su negocio en los establos de su campo apelando a la amistad y el buen corazón de una familia que no sospechó las intenciones detrás del favor. Pensaron que era una petición de buena fe, quizás tenía demasiadas cosas en su local, y quería dejar algunas para después. Pero no era así; él abastecía al sector residencial de los trabajadores de la mina de Lota, y se las vivía diciendo que no tenía nada para vender en su negocio. Todo estaba oculto.

Clorindo había comprendido de la peor forma lo que estaba pasando en el país. Las cosas apuntaban a un boicot; sabía que había gente que no estaba feliz con lo que estaba haciendo Allende, como también tenía claro que habían trabajadores que no estaban felices con él a cargo del taller. Un grupo en específico le pedía permiso constantemente para ir a distintas reuniones de carácter sindical, o de otro tipo; y Clorindo les negó el permiso, ya que a veces no era ese el propósito que le daban a sus horas fuera del taller. Cuando no

confiaba en alguien, no podía convencerse de que las “buenas intenciones” que ellos alegaban tener fuesen genuinas. En un nivel subconsciente, tal vez, Clorindo sentía que algo no iba bien incluso desde ese entonces, “algo se estaba tejiendo”.

El día del Golpe de Estado Clorindo había llegado muy temprano a la Maestranza; a eso de las 6 de la mañana, por lo que, desde este céntrico lugar vivió el bombardeo a La Moneda. De alguna forma todos sabían que algo andaba mal, incluso antes de oír las turbinas zumbando en el cielo. Jaime Fuentes, compañero de Clorindo en el taller se había subido al techo de la Maestranza para mirar y tratar de descifrar qué era eso tan extraño que había en el aire, cuando los aviones pasaron volando. Él se dedicó a escuchar lo que se comentaba en otros talleres aledaños, y comunicó a sus colegas que estaban bombardeando La Moneda. Clorindo inmediatamente pensó: “Nos van a matar a todos”³.

En los alrededores de la Maestranza, la noticia se esparció con velocidad. Muchos trabajadores que entraban a trabajar más tarde, corrieron a la calle exposición esperando llegar “a defender su puesto de trabajo”.

³ Entrevista Clorindo Contreras 13 de mayo 2015

Mientras todo esto pasaba, la señora Isabel, del restorán “El Ferro” en la esquina de la Maestranza tenía preparado pescado frito para el almuerzo, pero nadie llegó a probar bocado de él. Ella había pasado la mañana pagando sus impuestos. Y fue en la fila del trámite que se enteró sobre el bombardeo: “Parece que le están tirando bombas a La Moneda”, le dijo el joven que estaba delante de ella en la espera. “A mí me dijeron que los de la Armada venían por el Mapocho a matar al Presidente”, dijo otra persona. Ella pensó que no era verdad, que llegaría a casa y las noticias radiales informarían un intento fallido o un extraño simulacro. Pero los trabajadores que habían llegado a “defender la Maestranza”, le dijeron que era cierto, pero que cocinara el almuerzo porque en unas horas iban a estar todos ahí sentados celebrando un rechazo exitoso a los “milicos”.

Dicho, pero no hecho. Los uniformados no tardaron en llegar a la Maestranza. La principal misión era asegurar este corazón cuyas locomotoras y trenes en vías de salida desde Estación Central, eran un peligro inminente en manos equivocadas. La forma de sacar a los trabajadores fue distinta en cada sector. En algunos sólo les ordenaron que se fueran (la Maestranza era muy grande y tenía múltiples salidas), mientras que en el sector de Clorindo la cosa se puso muy fea.

Un militar se paró sobre una mesa y les ordenó a todos que se fueran del lugar. Con su metralleta en el brazo, y apuntándola hacia todos los trabajadores dijo: “Esto es lo que manda ahora. Se van a ir todos de aquí, ahora.” Nadie cuestionó sus palabras, todos salieron por la calle Exposición caminando cabizbajos, por un pasillo de uniformados y con sólo un camino posible para seguir. Nadie hablaba, muchos lloraban, otros corrían, pero no habían susurros, sólo temor. Clorindo vivía en ese tiempo por Las Rejas, y cuando intentó dar una vuelta para encaminarse a su hogar, en la altura del puente Melipilla, un militar le pegó con la culata del rifle en la espalda que lo desestabilizó. La humillación que sintió no se desvaneció hasta que llegó a casa y todo se convirtió en tristeza. Su esposa se le abalanzó aliviada de ver a su marido vivo y de pie en la puerta. Pero las cosas estuvieron lejos de mejorar.

Resultó que muchos de esos compañeros que pedían permiso para ir a extrañas reuniones o asistir a los sindicatos sin un propósito, aparecieron de un día para otro con trajes de militares, o fueron “misteriosamente ascendidos” a mejores posiciones. La vida y el ecosistema de la Maestranza sufrieron un feo revés. Todos lo reconocieron. Muchos compañeros decidieron no volver, por temor, se exiliaron, huyeron. Cuatro fueron detenidos desaparecidos, incontables despedidos, y los que quedaron tenían miedo todo el tiempo. Muchas vidas se salvaron por el hecho de estar en una Maestranza en pleno centro vial de la ciudad, a la vista de todos. No fue así el caso de San Bernardo,

cuya ubicación periférica hizo mucho más fácil a los militares hacer desaparecer gente, o arrestarlos de forma violenta en las calles del pueblo.

Pero en San Eugenio se crearon nuevas posiciones de alto mando en las que llegaron jefes. Muchos fueron militares con una ideología marcadísima y favorable a políticas de Estado golpista, con plena comprensión de lo que pasaba y un acervo político potente. Aunque también varios eran simples uniformados que entraron a la milicia porque era lo mejor para la familia, y llegaron de una forma u otra a ser parte de la larga lista de integrantes de la Maestranza de San Eugenio, sin tener la más mínima idea de lo que significaba para la dictadura el retener y resguardar el transporte chileno.

A través de varios estudios post-dictadura, dejó de ser un secreto a voces el hecho de que las fuerzas camioneras del país habían trabajado en complicidad con Pinochet en tiempos de Allende, generando paralizaciones estratégicas y desabasteciendo a distintos comercios. Esta alianza trajo futuros acuerdos, y además una especie de favoritismos de Pinochet al transporte en tierra por sobre de los rieles y vías de los trenes. Las carreteras empezaron un largo proceso para ser reparadas y entregadas en bandeja de plata a los nuevos transportes por tierra: los buses, los camiones, los autos, que dejaron en un ingrato olvido a los trenes.

Este desmantelamiento se fue viviendo de manera lenta en la empresa. Clorindo apenas se daba cuenta, su grupo no se había reducido tanto, y a pesar de haber visto la cara de la traición y la desconfianza, una vez que los infiltrados de su taller ascendieron a otra sección, pudo intentar recoger los pedazos y seguir trabajando. Pero, claro que en su corazón quedó una gran herida que salía a relucir en las horas de labor en el taller: hubo una pérdida en especial que le dolió más, su nombre es un secreto, pero en sus palabras, una de las mejores personas que alguna vez pasó por su taller, un trabajador noble, joven y prácticamente ahijado de Clorindo que se le fue al exilio por ser militante del Partido Comunista. Hasta el día de hoy no sabe nada de él.

El trabajo se hizo más y más pesado hasta que llegó el día de su despedida, el 6 de junio de 1976. Su nombre apareció en una lista, y esa fue su notificación: su trabajo en la Maestranza se había acabado. No lo podía creer, no se lo había esperado. Los buenos años del comienzo, los partidos de fútbol, sus colegas llamándolo “campeón”, todas las veces que le dio la corriente, el olor a taller, las comidas, las fiestas, los sueldos. Todo se fue así como así. Él siempre tuvo la sospecha de que le había pasado la cuenta el negarle el permiso a aquellos que luego terminaron siendo cómplices de quienes llegaron a arrebatarse la Maestranza a los trabajadores y Ferrocarriles al pueblo.

Llegó a su casa despedazado, su esposa le dijo que todo iba a estar bien, pero él no estaba seguro de que ella realmente creyese eso. No tuvo que pasar mucho tiempo para que su vecino le advirtiera que lo estaban siguiendo, que tuviera cuidado. Y Clorindo se fue a Lota, a trabajar con tractores, camiones, camionetas, prácticamente cualquier cosa, hasta que pudo afirmarse y sobrevivir el resto de la dictadura, lejos de las fiestas de los talleres y las canchas de fútbol en las que al menos pudo sentirse varias veces un campeón.

1.3 La lola del *Ferro*

“*Chabelita*” siempre fue una palabra que tuvo múltiples significados en la vida de Isabel Mancilla Altamirano; no porque fuese diminutivo de su nombre, sino que porque la significación asociada en su cabeza fue distinta para cada etapa de su vida.

Se crio en la población Juan Antonio Ríos, tenía dos hermanos mayores que fueron sus mejores amigos, y la figura tan comúnmente distante en esa época de los padres, en su caso era bastante más cercana. En su juventud, su núcleo giraba en torno al cariño y el trabajo hogareño. Su papá era zapatero, y su madre lo ayudaba cosiendo la parte superior del calzado. Pero por cosas de la vida, un mes en el que el dinero escaseó más de lo normal, su madre entró a trabajar a un restorán en la calle Exposición.

Su jefe se llamaba Mario Salinas, y era el dueño del restorán “El Ferro”, que le hacía honor al nombre y servía platos (y bebidas) pensadas para los trabajadores de la Maestranza de San Eugenio que estaba a pocas cuadras de distancia.

Un hombre con negocio propio parecía ser un buen prospecto para Isabel, sobre todo pensando en que el caballero ya tenía su edad, y “uno podría

imaginarse que ya tuvo sus años de locura”. Isabel recuerda el día en que su madre la sentó y le dijo que Mario “es un buen hombre, te podrías casar con él”⁴. “¿Casarse?” pensaba Isabel, era como que le dijeran que a los 15 años tenía que convertirse en su mamá, y que su esposo iba a ser 20 años mayor que ella. “¿Para qué casarse?”, Isabel no entendía nada. “Es para que tengas a alguien que te mantenga”, le dijo su madre. “¿Que me mantenga?” pensaba ella. ¿Cuánto más podría costar una niña delgada de 15 años? En ese momento ella aún no lo comprendía, todavía era la *Chabelita* de su familia, y tener que abandonar ese rol le produjo una angustia tan tremenda que sólo fue superada por el enojo que le tuvo a su madre.

Se casó en pleno invierno del año 1963, y en menos de veinticuatro horas, su marido le dio suficientes razones para arrepentirse y querer regresar en el tiempo. La luna de miel fue hermosa, romántica, y con muchos gastos, lástima que Isabel no tuvo parte en ella, ya que el viaje lo hizo Mario Salinas y otra mujer a quien Isabel nunca llegó a conocer (y poco le interesaba). Lo que ella tuvo en lugar de playa y relajó, fue la labor en el restorán. Se sentó detrás del mostrador, y sin saberlo, no volvió a salir de ahí.

El Ferro era un lugar con mucha alegría, y muchos secretos, pero Isabel en su juventud se dedicó a leer revistas y aprender sobre la marcha la forma en la que

⁴ Entrevista Isabel Altamirano, 24 de mayo 2015

operaba el lugar. Como por ejemplo, ordenar los *vales*, que a ciencia cierta eran la moneda en el restorán. Todos los trabajadores que consumían escribían sobre un papel la cantidad de dinero que le debían al local, y lo pagaban una vez que recibían su sueldo. Isabel nunca dudó del sistema, porque en realidad nunca fallaba, y ellos siempre pagaban.

Los trabajadores al principio la miraban extrañados, no entendiendo cómo una niña de quince años estaba llevando tan bien el negocio en la ausencia de su marido. Lo cierto es que Isabel fue siempre muy inteligente, a pesar de sólo llegar a segundo de humanidades⁵, controlaba los números en su cabeza sin ningún problema; nunca dio mal un vuelto, ni se dejó engañar por las cifras en los papeles de los distribuidores. Descubrió en el dinero una vocación que no conocía, pero que en un futuro iba a llegar a controlar perfectamente.

Cuando su marido volvió de la luna de miel, la verdadera pesadilla comenzó. En la época no era de extrañar que un esposo golpeará a su mujer, pero para Isabel fue una revelación que vino acompañada de miedo y pérdida de muchos otros sentimientos. Pasarían muchos años antes de que ella pudiera realmente disfrutar un abrazo en lugar de sentirse atrapada, o relajar los hombros cada vez que alguien se le acercara.

⁵ Hoy segundo de humanidades equivale a octavo básico.

Muchas veces la golpeaba en el mismo restorán, frente a todos, por hablar de más con los vendedores de suministros, o por cruzar más de dos palabras con alguno de los clientes. Los ferroviarios veían lo que ocurría, y muchos querían intervenir, pero en los primeros años nadie lo hizo por temor, o tal vez por naturalidad de la época. Ya más adelante alejaban a Mario de Isabel ofreciéndole una copa de vino extra.

Con el tiempo, Isabel se convirtió en la dueña y señora del local. Su marido se iba a beber todos los viernes y no regresaba hasta el martes siguiente (si *Chabelita* tenía suerte), y ella dejaba volar su imaginación con el espacio. Cambiaba el menú, compraba más verdura que carne, organizaba las mesas de manera diferente y jugaba con su hijo pequeño en el local. Todo con una libertad que muy pocas veces había acariciado antes; eran sus vacaciones semanales.

Fue en uno de los viajes a la feria que lo vio por primera vez besando a otra mujer, en plena calle. No era una noticia nueva para ella, pero los ojos siempre sorprenden más que el entendimiento, y se dejó llevar por una ola de rabia que, mezclada con su juventud, la llevó a dar rienda suelta a su impulsividad. Les tomó sus cabezas con violencia y las cabeceó juntas. Se escuchó un fuerte golpe antes de que su marido medio desorientado se diera vuelta para verla a ella.

“¿Qué estás haciendo aquí? Si yo te dejé en la casa”, le dijo. Ella no respondió, estaba muy preocupada de bajar las revoluciones de su respiración, preparándose para lo que se venía. Mario Salinas la agarró a golpes de nuevo frente a todos, incluida la chica con la que andaba. Isabel se llevó sus moretones de vuelta a casa y ese día tomó una decisión: si estaba sola en el mundo, le iba a hacer ver a ese viejo que ella podía vivir sin él.

Después de eso fue todo diferente. Isabel dejó transar los malos ratos con su esposo a cambio de la caja y el control total del restorán. La primera vez que empezó a sacar plata de la caja para guardar, fue un billete de 500 escudos, que tenía el minero estampado. Ella lo recuerda perfectamente. Lo metió entre los vales de los ferroviarios, y se dijo “si mi marido no lo echa de menos de aquí a la noche, lo guardo”. Claro no fue difícil que un borracho no se diese cuenta del detalle, sobre todo cuando era pésimo con las matemáticas, y los números que anotaba su esposa en la libreta eran como dialectos chinos para él.

Al día siguiente se guardó un billete de mil, y al siguiente otro, dejó de tenerle miedo a la caja, hubo días en los que incluso llegó a sacar 5 mil. Lo guardaba todo en una libreta de ahorro que había abierto, con el objetivo claro en la mente de abandonarlo. Cuando su marido le pedía plata para salir, ella le decía que no había, que recién había hecho todo el pedido del mes y que se había quedado sin nada. Y funcionaba.

Hasta que un día el pretexto dejó de ser útil. “¿Tú crees que yo soy *hueón*?” le dijo, y ella se encogió sobre sí misma. Como era más joven que él, subió las escaleras de la casa en dos segundos y se fue a esconder a la pieza; claro que su marido era más fuerte y logró abrir la puerta. La acusó de entregar la plata a su familia, o quizás en qué otra cosa la había gastado. Isabel sacó la libreta de ahorros de la pata del mueble de dormitorio y se la tiró sobre la cama. “Ahí está”, dijo “esa es la plata que le entrego a mi familia según tú”.

Ese día Mario Salinas se fue a tomar, con la libreta de ahorro en el bolsillo. Isabel nunca pensó que la volvería a ver, y aún no decidía si era buena idea seguir juntando dinero de la caja del restorán.

Mario Salinas volvió el lunes siguiente, y le pidió a Isabel que le sirviera almuerzo, y que se sentara al lado de él. Ella mantuvo su vista fija en las manos de su marido durante toda la comida “Si me pega le chanto el plato en la cabeza”, pensaba.

Cuando terminó de comer, Mario tomó aire y la miró. Sacó la libreta de ahorro de su bolsillo, se la entregó y le dijo “Sigue juntando plata, Isabel, yo llevo años con este negocio y nunca he juntado ni un veinte”. Claro, ella sabía eso, el local era arrendado, y había muchas cosas que necesitaban mantención. En ese momento se dio cuenta de que su marido vivía el día a día, sin intención de

mirar más allá, porque a lo mejor él mismo pensaba que no había nada más allá en el futuro para él. Isabel tenía al menos tenía a su hijo.

“Es como si el hijo fuera mío no más”, solía pensar ella, constantemente. Pero decidió no darle vueltas a la pertenencia, y planificó un segundo hijo; ella pensaba que ningún otro hombre le iba a hacer más niños, entonces era ahora a nunca. Si lo iba a dejar, tenía que hacerlo con todo lo que pudiera sacar de él; y tuvo una hija que llegó a llenar un poco más su mundo de colores.

Fue entonces cuando llegó el incendio. El 27 de abril de 1974, el local que tenían en Exposición prendió fuego por razones desconocidas; empezó todo en el restorán, y luego subió a la casa, donde estaba Isabel, sus dos hijos y Mario durmiendo. Cuando se dieron cuenta de lo que ocurría, aún estuvieron a tiempo de salir, pero no de salvar muchas cosas; aún así Isabel se aferró a la libreta de ahorro y salió.

“Aquí quedaron cuatro paredes y nada más” fue el primer pensamiento de Isabel. Al día siguiente llegaron todos los ferroviarios y se quedaron mirando horrorizados lo que había ocurrido. Tenía su oportunidad, podría irse, y dejarlo sin nada, comprar una casa con su dinero, le alcanzaba. Pero al ver la forma en la que estaba parado Mario ante las ruinas, el humo, y años de su trabajo

hechos nada, lo compadeció. Se acercó a él y le preguntó qué iban a hacer, él se encogió de hombros.

Los ferroviarios, después de ver todo lo que había ocurrido se reunieron en un círculo, a hablar entre ellos. Juan Román Díaz, a quien todos conocían como el “Pocholo” sacaba cuentas en su cabeza. Las pinturas del taller de pintores, los mecánicos eléctricos, los soldadores, los constructores, los materiales sobrantes, todo tenía un lugar en su cabeza. Se pusieron de acuerdo y llegaron horas después con las manos llenas de materiales, pintura, madera, metal, cables eléctricos y hasta algunos durmientes que podrían servir de algo. En un momento Isabel pensó que habían más trabajadores en su casa, que los que quedaban en los talleres.

Nunca se cuestionó las implicaciones de lo que estaban haciendo. Ferrocarriles era del Estado, y en cierta forma, esos materiales los estaba pagando todo Chile (algunos más que otros), y ella los tenía gratis en su casa. Ella sólo entendía que todas esas personas que veía en el restorán, no eran sólo clientes. Estaban ahí, sin que nadie les pidiera nada. Vieron a unos amigos con problemas, y ni siquiera dudaron en ayudar, aunque significase una jornada de trabajo doble.

En unos cuantos días estaba todo como nuevo, e incluso mucho mejor que antes. Isabel compró otra casa en la Avenida Subercaseux, y en tres meses su

marido la arregló como restorán y se movieron, todos juntos hacia allá. Isabel decidió dejar vivir a su marido, y que él la dejara tranquila a ella. Se convirtieron en dos almas independientes, cada uno vivía su vida y se encontraban para hablar de negocios. Aunque él la siguió maltratando, ella encontró una forma de evadirse.

Su vida estaba en atender el restorán. Después de lo que pasó en el incendio comenzó a mirar a sus clientes de otra forma. Comenzó a tomar atención a las cosas que ocurrían, y a todos los secretos que fluían entre sus mesas. Lo primero que percibió fue la picardía de los ferroviarios, disfrutaba verlos actuar tan distinto con sus señoras, en oposición a sus pololas. El menú básico para la esposa, lo que quiera de la carta, la polola. Por extraño que sonase, la señora Isabel nunca se alarmaba, más bien le gustaba bromear con ellos respecto de la cantidad de dinero que gastaban; nadie nunca dudó de su discreción, pero aún así se les enrojecían las mejillas ante sus comentarios.

Isabel siempre fue una mujer muy atractiva, y a medida que empezó a sumar años de experiencia a su cuerpo y sus palabras, su popularidad aumentó. Pero nunca nadie trató de sobrepasarse con ella. Los tratos eran muy respetuosos, el problema estaba en que su marido todo lo veía como una amenaza.

Es que al *Ferro* llegaban hasta las celebridades; los jugadores del equipo homónimo solían pasarse a distraer un rato en el local. No era mal visto

tomarse un trago a media tarde (por casi todos menos el arquero Raúl Coloma), y se juntaban a conversar sobre las victorias y fracasos futbolísticos de la semana (o incluso de la temporada).

Hasta una gran leyenda como fue el *Fifo* Eyzaguirre disfrutó de los buenos tiempos en la mesa, y rió con el resto de sus compañeros en el restorán de Isabel. Él ni siquiera recuerda a Mario Salinas, sí a la señorita que manejaba todo, y a quien todos los meseros y distribuidores rendían cuentas. Sin saberlo el *Fifo*, ella siempre tenía la “*oreja pará*” y guardó en su memoria las conversaciones en las mesas futboleras.

Ellos se distraían pelando a toda la dirigencia del club, reían como si fuera el mejor día de sus vidas, y sobre todo disfrutaban hablando sobre sus pololas. Isabel se enteró hasta de quienes tenían los pies hediondos, cuáles eran rubias, morenas, altas, bajas y celosas.

La señora Isabel dejó de ser la co-protagonista de su propia historia, y se convirtió en la actriz principal. Su nueva y bien ganada seguridad le daba aún más celos a su marido, y el hecho de que a ella pareciera no molestarle lo irritaba aún más. Pero ella formó su propio mundo; un espacio que había pertenecido a Mario, pero del cual ahora Isabel se había apropiado casi por completo.

Hasta el día de hoy ríe cuando piensa en las reuniones informales en su local hasta altas horas de las noches los días viernes. Todos empujaban el codo, y el “Chico” Morales se paseaba entre las mesas pretendiendo que la escoba era una guitarra y entonaba las canciones de moda en la época.

En las noches tenía que bajar a alguien de arriba de la mesa al menos cinco veces, y en múltiples ocasiones se arremangaba la blusa para separar a la fuerza las peleas que se formaban en medio de la conversación alcoholizada. Recuerda en especial la celebración del 18 de septiembre de 1982, en la que una “*mocha*” se armó desde la primera hasta la última mesa, todos airadamente lanzaban combos a diestra y siniestra, Isabel no pudo encontrar ningún patrón o bando como para ver de qué lado estaban los que peleaban, todo era una ensalada en la que los sobrenombres pasaron a ser insultos.

Con ayuda de las meseras lograron sacar a todos los ferroviarios del local, pero ellos ni cuenta se dieron y siguieron peleando de lo lindo en el barro, la lluvia y el viento. Isabel se fumó un cigarro mientras esperaba que todo se desarmara y cuando llegó el momento de preguntar, nadie le supo contestar cuál era el motivo de la pelea.

Lo que más disfrutaba eran los torneos de dominó, que se organizaban como si se tratara de una Copa del Mundo, tenían premios para el primer, segundo y tercer puesto, se jugaban apegados a las reglas, y las apuestas se hacían en

voz baja para no desconcentrar a las estrellas. En su matrimonio compartían bien cuando había más gente, o al menos así quedó demostrado cuando Orlando Cortés, y su esposa Elsa los invitaron a participar del grupo “Tinblanchín” (Tinto, blanco y chicha), una vez al mes en algún hogar. Como buena reunión ferroviaria, siempre había carne, alcohol, buena conversación y risas en todas partes.

Todas estas distracciones sirvieron como placebo para Isabel, que por momentos olvidaba que en las noches tenía que ir a acostarse con un hombre violento y celoso, que no dejaba de preguntarle por cada interacción que había tenido en el día con algún hombre. El agotamiento dejó marcas en su piel y su contextura, pero hizo lo que pudo para evitar caerse a pedazos.

Mario Salinas falleció el año 2003, mucho después del cierre de la Maestranza de San Eugenio y el decaimiento del negocio. Los años dorados se habían ido hace mucho tiempo, incluso desde antes de que su enfermedad lo afectara tan gravemente. Hasta el día de hoy Isabel no quiere recordar cuál fue la enfermedad que se lo llevó, pero si habla de cómo fueron sus últimos años.

Lo cierto es que él se había puesto aún más celoso de lo que era antes. Isabel tenía que ser hasta poco educada con los vendedores o distribuidores que pasaban al local para evitar despertar la furia de su esposo. El restorán era

prácticamente suyo por completo, y después de la muerte de su marido lo siguió siendo por 8 años más.

La familia de Isabel se extendió a la tercera generación en abundancia tanto de felicidad como en cantidad, pero uno de sus nietos más regalones hasta el día de hoy es Gustavo, quien de cierta forma fue el que logró que ella hiciera las paces honestas con su esposo después de tantos años de matrimonio infeliz. Uno de esos días en los que las clases de los niños se cancelaban por mal tiempo, mal aire, malas caras (ella no recuerda), Gustavo llegó a parar a casa de sus abuelos para no pasar todo el día solo. Isabel le instaló una cama junto a la matrimonial, y lo regaloneó todo lo que pudo.

En la mañana se atrasó, y le pidió a su nieto que se levantara y se duchara solito. “No, no, no *abueli*, por favor”, le dijo con los ojos pegados a la tele que pasaba sus *monitos* favoritos. “Levantate *cabro flojo*, mírame a mí, yo estoy *afeitadito*, me bañé recién”, le dijo Mario Salinas sentado en la orilla de la cama, se había tocado la cara cuando dijo que estaba afeitado, y lo miraba con aires de superioridad. Gustavo respondió muy serio y firme “Sí, ¿y gracias a quién?”, Mario se quedó en silencio. “Gracias a mi *abueli po*” siguió Gustavo, “porque mi *abueli* te baña y te afeita, y si no... si no fuera por mi *abueli*, tu *seríai* un harapiento”.

Isabel estaba sorprendida como pocas veces había estado antes. Ni siquiera sabía qué significaba “harapiento”, pero sonaba como algo muy negativo. “¿De dónde habrá sacado esa palabra?”, pensaba sin parar. Gustavo después se levantó y eventualmente se fue de vuelta a su casa. Isabel no recuerda casi nada más de ese día. Sólo la palabra “harapiento” le daba vueltas en la cabeza. Definitivamente no sonaba como una palabra amigable para ella.

Al día siguiente, Mario bajó a tomar desayuno, la rutina de todos los días, pero ese día con un semblante reflexivo. Se sentó y antes de probar bocado dijo “oye, es *harto pesado* este *cabro*. Pero tiene razón, ¿qué sería de mí sin tí? Andaría todo cochino, andaría todo sucio, y sería harapiento como me dijo... ¿qué es eso de harapiento?”.

“No tengo idea, yo no había escuchado esa palabra”, le dijo Isabel.

Esa conversación marcó un antes y un después. Isabel admite que siente que nunca lo quiso, pero estuvo en paz de alguna manera. Él fue un buen padre con sus hijos, se encargó de que nunca les faltara nada, pero Isabel no lo pudo ver con cariño, sí con paz. Su marido siguió enfermando y finalmente falleció el año 2012; durante todos esos últimos años, ella se convirtió en su *Chabelita*.

1.4 Nadie fue

El 7 de junio de 1981 fue una jornada muy especial en todo el país. Chile jugaba fecha en las clasificatorias al Mundial de España de 1982, un domingo en pleno invierno. La expectación se podía respirar en las calles de la ciudad y los talleres de la Maestranza de San Eugenio. Los trabajadores operaban en sistema de turnos, siempre debía haber alguien ahí en caso de cualquier emergencia o reparación urgente. Los turnos de fin de semana eran terribles, desde el punto de vista familiar, pero positivos para los trabajadores que encontraban en sus colegas y compadres un momento de distensión con una vigilia menos rigurosa por parte de los jefes.

Ese partido era esencial. Si Chile no lo ganaba, el golpe anímico sería brutal. Tenía un partido menos, pero iba como colista en el Grupo 3 de las clasificatorias de la Conmebol. El puntero momentáneo era Ecuador, y le seguía Paraguay con dos puntos; Chile sólo tenía uno, y se enfrentaba a los guaraníes en Asunción esa noche de ese 7 de junio. La selección de esos años tenía como estrellas a Elías Figueroa, Sandrino Castec, Rodolfo Dubó, Mario Osbén y Patricio Yáñez, un grupo consolidado que tenía hambre de triunfos, y que demostró su supremacía en las clasificatorias.

La costumbre de hacer asados mientras se ve un partido llegó a la cultura popular chilena para quedarse. Es difícil calcular una época exacta en que la cábala se hizo práctica en casi todas las casas del país, pero a los ferroviarios poco les importaba. De más está decir que este hábito siempre fue muy bien recibido por los grupos de compadres en los talleres, y en este caso, aprovechando que era domingo, y los jefes ni se iban a aparecer (ya que probablemente iban a estar viendo el partido con sus familias), el taller de carros de la Maestranza de San Eugenio se instaló con una parrilla y hasta un televisor que sacaron de una de las oficinas administrativas. Víctor Urrea y sus amigos pusieron toda la carne que recolectaron en sus casas, y se instalaron a ver el épico partido.

La cosa se vio compleja para la Roja en gran parte del encuentro, los paraguayos llegaron mucho al área, y el arquero chileno, Mario Osbén se convirtió en una de las figuras de la noche. En Chile, las personas se apiñaban en los televisores de los vecinos, de los compadres, o del tío que le iba bien en el negocio. Víctor y sus amigos, entre herramientas, pedazos inutilizables de carros y ruedas antiguas, estaban instalados viendo cómo Chile aguantó el 0 a 0 en todo el primer tiempo, y la mitad del segundo, antes de que "Pato" Yáñez anotara un golazo histórico que es recordado hasta el día de hoy. De contraataque Gustavo Moscoso le metió un pase en profundidad, el "Pato" corrió, y corrió.

Para entender la épica de este momento, es necesario saber que minutos antes Yáñez le había pedido el cambio al director técnico Luis Santibáñez. Sentía una fuerte molestia en la pierna que a pesar de tenerlo reducido no evitó que diera todo hasta el último segundo en cancha. La carrera que dio para alcanzar el pase de Gustavo Moscoso, tomó por sorpresa a Manuel Rojas, que esperaba al borde de la cancha para ingresar a darle descanso al delantero que en esos años jugaba en San Luis de Quillota. Pero, la segunda sorpresa que dio el “Pato” en ese ataque fue el darle a la pelota con el borde externo de su pie derecho, cuando la diagonal que había tomado sugería un mejor ángulo pateando con borde interno del pie izquierdo. El arquero Ever Almeyda, que segundos antes se había mostrado dubitativo entre achicar y retener, no pudo hacer nada para evitar que la pelota entrara al arco.

Gol de Chile y todos celebraron. La carne inmediatamente se hizo más jugosa, las calles quedaron aún más vacías y el resto de las cosas pareció perder importancia. Víctor Urra y los compadres del taller de carros celebraron con los brazos en alto, de pasada se cayeron vasos, platos, comida, y no importaba. La euforia hizo que muchos confundieran al chico que venía corriendo a la distancia con un hincha contento más.

Un chico de 18 años corría a toda velocidad al taller de carros, agitaba sus brazos, tratando de llamar la atención de los trabajadores, pero todos pensaron

que corría para unirse a las celebraciones mientras el Pato Yañez era reemplazado en Asunción. Pero no era eso. El chico llegó a donde estaban todos reunidos y trató de tomar aire para poder hablar. Los trabajadores no podían tomarle ninguna seriedad ya que estaban demasiado concentrados en celebrar, pero cuando el chico transmitió el mensaje que había ido a entregar, todo se silenció. Una locomotora había quedado sin freno y había llegado a parar a la Alameda, arrasando con la mitad del hall principal de la Estación Central. Era claramente un error del área de maquinistas, pero un accidente de ese tipo atraería la atención de todos los jefes, y directores, que irían corriendo a la Maestranza buscando (y quizás hasta inventando) responsables.

Víctor y los demás rápidamente desenchufaron el televisor, y retiraron los cables que habían sacado del taller eléctrico para instalarse al aire libre. La comida estaba casi toda en sus estómagos, pero tuvieron que encontrar una forma de deshacerse del resto: los perros fueron una buena opción. El olor fue un desafío, pero los cartones fueron útiles para al menos intentar “hacer correr el aire”⁶. Los bebestibles se fueron por el baño, las cenizas barridas rápidamente, las colillas de cigarro amontonadas en el área de descanso y reorganizaron las herramientas para que pareciesen estar siendo usadas. Todo esto sin que siquiera uno de ellos se detuviera para tratar de averiguar qué era lo que realmente había pasado.

⁶ Entrevista Víctor Urra 30 de mayo 2015.

En el resto de las casas de Chile, el árbitro ya había dado el pitazo final del partido, en la Maestranza los jefes iban marchando por las entradas. “¿Qué pasó?” preguntaban, incluso si el taller interrogado no era de su sector de mando. Nadie sabía bien cómo responder; según el protocolo los maquinistas eran los responsables, pero al menos en el taller de carros no tenían forma de asegurar que no había sido culpa de ellos mismos. Era difícil cuando la única información que tenían era que una locomotora había llegado a la Alameda.

Lo divertido fue que los jefes ni siquiera los miraron mientras pasaban, eso les hizo entender que la locomotora no tenía ningún carro de carga sujeto, y que por ende su responsabilidad era nula. Lamentaron haber hecho tanto movimiento para deshacerse de todo. Se enteraron por compañeros de otros talleres que Chile había ganado 1 a 0, y que el Pato Yáñez se había ido cojeando de la cancha, que la Roja había empatado a Ecuador y que ahora sólo se venían partidos de local. La ilusión de la clasificación al Mundial de España estaba más cerca que nunca.

Lo que pasó esa noche literalmente salvó vidas. Chile jugaba y las calles estaban vacías. No habían autos en la Alameda, ni personas paseando en el Barrio Estación, no habían viajes programados: no hubo heridos. Si una locomotora por si sola fue capaz de atravesar la barrera de contención sólo con el impulso del relieve de la Maestranza de San Eugenio hacia Estación Central,

un auto hubiese sido presa fácil. Si esa locomotora tuvo cero respeto por la historia y la reja que el mismo Eiffel había diseñado para la Estación Central, mucho menos habría perdonado a un transeúnte. Basta con decir que quedó atravesada en toda la calzada sur de una de las principales vías capitalinas. Las calles vacías fueron el segundo milagro que la Roja le dio a Chile ese día.

Se decía que los maquinistas olvidaron poner el freno en la locomotora por el apuro de ver el partido, pero nada excusaba su actuar negligente. Se habló de que el gol del Pato Yáñez los tuvo a todos pegados al televisor y alejados de las calles. Y dos semanas después se dijo que Chile iba al mundial después de clasificar invicto; que el equipo la iba a romper. Pero la realidad fue que otro evento histórico quedó en la memoria colectiva en el debut de la Roja en ese Mundial: Caszely se perdió el penal. Aunque eso ya es harina de otro costal.

1.5 Con los “mocos congelados”

La escala de Beauford se utiliza para medir la fuerza de los vientos, mediante los efectos que tienen en agua y en tierra. Los números van desde el 1 al 12, y en Santiago de Chile, entre el 24 de junio y el 16 de julio de 1982, Beauford marcó un 10 para el potente temporal que azotó la ciudad. En pleno invierno, la lluvia y el viento dejaron a miles de personas con sus hogares inundados, cientos de damnificados por comuna, heridos, derrumbes, y aluviones en la quebrada de Macul. Este evento además dejó para la posteridad la imagen de un auto cayendo al Mapocho, y el Estadio Nacional, que años atrás había sido el escenario de tantos horrores, abrió sus puertas para recibir a los más de 10 mil damnificados, y de manera poética, la serie “Los 80” retrató con ternura las consecuencias de una lluvia brutal que unió por momentos a todo un país, como en casi todas los grandes desastres de la naturaleza.

Nada fue normal en esas semanas. Muchas de las familias ferroviarias tuvieron problemas en sus hogares, varios se inundaron, y todos los que podían, se ayudaron entre sí. Los materiales desechados de la Maestranza sirvieron para paliar los embates de una lluvia que no tuvo piedad, y que dejó un desastre en el barrio ferroviario, y en San Eugenio mismo. El agua y el viento estaba causando estragos en prácticamente todos los talleres, muchas piezas importantes, ruedas y durmientes estaban en el suelo y levantarlas no tenía

mucho sentido ante el inclemente clima, el barro hacía que caminar entre talleres fuera como recorrer una pista de obstáculos. Pero los trabajadores tenían como principal misión (no tan imposible, pero muy difícil) evitar el completo desastre del transporte ferroviario, salvando las situaciones con lo que se pudiera.

En esta labor estaba el taller de carros cuando ocurrió una emergencia. El teléfono de la administración sonaba y sonaba hasta que alguien lo escuchó y habló con un funcionario de la Estación Graneros que informó del alarmante desborde del Río Angostura⁷ que estaba amenazando con inundar las vías cuya curvatura en el sector se acercaba demasiado al caudal. Dos trenes ya estaban detenidos a la espera de autorización para pasar, ya que el río trajo consigo mucho más que sólo agua; el barro, las ramas de árboles y otros artefactos hacían peligroso el paso.

Orlando Cortés, jefe del taller, se llevó un equipo de cinco personas a Angostura, imaginándose quizás que el trabajo no sería tan pesado. Pero llegaron y el potente frío y viento presentes en el sector les hizo entender que nada de lo que se pudiese maniobrar con ese clima iba a ser sencillo. Se suponía que la lluvia amainaba las bajas temperaturas, pero ese invierno había sido demasiado crudo, y no quería detenerse; el frío entraba profundo por las

⁷ El caudal del río durante los años '80 era abundante, a diferencia de lo que se conoce hoy en ese sector.

fosas nasales y reseca la garganta, además de poner más lentas las manos, y claramente la perspicacia para resolver problemas.

La situación era esta: el agua, el barro y el resto de objetos que arrastraba el caudal subía y subía, mientras la lluvia no paraba. Si todo esto llegaba de lleno a las vías, se podría cerrar el paso ferroviario durante días. Los sacos de arena que habían puesto los funcionarios de estaciones cercanas no iban a resistir completamente la potencia del río, y tampoco iban a detenerlo por siempre. Todo parecía apuntar a que el paso se cerraría, y la ayuda desde y hacia Santiago⁸ tendría que esperar a que todo se secase para luego despejar a fuerza bruta. Pero Orlando Cortés nunca se dejaba llevar por lo que veía, sino que por lo que podría ver si arreglaba las cosas. En su trabajo siempre fue un “solucionador”, y en esa ocasión ni siquiera el frío pudo lograr que abandonara su naturaleza.

Buscando refugio detrás de uno de los trenes detenidos, pensó unos minutos y llegó la descabellada respuesta a su cerebro. Mandó a llamar a los funcionarios a cargo de las estaciones más cercanas, como Graneros y Paine y les pidió un extraño favor. Que llevaran a Angostura la locomotora más liviana que encontrasen, y todos los carros y coches en desuso, mal estado o abandonados

⁸ El mal clima afectó a gran parte de la zona central y hacia el sur de la Región Metropolitana (Información obtenida de diarios de la época).

en sus estaciones. Además llamó a refuerzos, que no llegarían hasta tres horas después del aviso.

El plan era sencillo de explicar, pero muy difícil de ejecutar. Para sumarle más complicaciones Orlando tuvo que lidiar con las caras de excesiva sorpresa del resto de los jefes al mando del improvisado rescate de vías. Su idea era enganchar los carros en desuso a la locomotora liviana y enviarla a la más alta velocidad posible en dirección a la curva donde la cercanía de las aguas amenazaba las vías. Momentos antes de llegar al punto de giro, soltar el carro y dejarlo caer por la curva para que quedase como obstáculo para el agua.

Orlando nunca tuvo estudios de ingeniero, pero podría haber dado cátedra a cualquier profesional con el diploma de cualquier universidad. Se codeó con expertos en carga, y todos se sorprendieron con sus ingeniosos diseños para reacomodar vagones y hacerlos más grandes, más pequeños, con capacidad de soporte de más peso, o lo que fuese necesario. Donde todos veían una complicación, él era capaz de ver una solución, y no cualquier parche transitorio que fallaría de nuevo días después, sino que cosas duraderas que en ocasiones incluso dejaba los coches y carros tan funcionales que operaban mejor que cuando estaban nuevos. Su cerebro fabricaba ideas todos los días, no se detenía, calculaba como si estuviera programado para ello, pero siempre confió más en la experiencia que en los números en un papel.

En su casa tenía cinco hijos. Todos los varones fueron a ayudar alguna vez tanto a la Maestranza, como al taller independiente que adquirió una vez jubilado, pero ninguno de ellos quiso dedicarse a la carrera ferroviaria. Orlando se sintió un poco contrariado, pero no decepcionado. Nunca fue una persona demostrativa, pero ellos fueron la razón de su trabajo, lo admite ahora años después. La poca comunicación imperante en la generalidad de las familias de la época, hizo que sus peripecias en Angostura nunca llegaran a oídos de su esposa o sus hijos. Incluso cuando esa noche no llegó al hogar, y no pudo avisar hasta el otro día.

Fueron muchas las horas de intentos fallidos y lanzamientos de carros en desuso. Se fueron apilando todos a la orilla del río deteniendo el paso del barro y los árboles que habían sido arrancados de raíz y arrastrados por las aguas. Había llegado junto con sus compañeros a eso de las cinco de la tarde; ya era las diez de la noche y aún tenían mucho trabajo que hacer. Se turnaban para estar afuera bajo toda la lluvia y sobrellevando los estragos del viento para dar las indicaciones a la locomotora y asegurarse de que los carros se soltasen en el momento preciso, pero Orlando quiso estar presente gran parte del tiempo para evitar alguna complicación extra. Durante todas estas horas la gente que viajaba en los trenes estancados seguía dentro de los vagones, la mayoría mirando por la ventana y esperando eternamente.

La ruta por tierra no era una opción más segura tampoco, los desprendimientos de suelo en todos los cerros habían generado varios accidentes en la carretera, y la conectividad segura de ferrocarriles había destacado en una época en la que su rentabilidad había sido desechada por la dictadura y los ingresos ya disminuían. Por lo que el ingenio ahorrativo que se desempeñó en casos como ese, eran imprescindibles para mantener la empresa viva aunque fuese unos años más. Todo bajo la eterna amenaza de un cierre definitivo que enterraría los trenes públicos en un pretérito; olvidando por completo este episodio en el año 1982 en el que la interconexión de las vías ferroviarias logró unir regiones.

Claro que esta hazaña fue posible gracias al ingenio de Orlando, que esa noche no durmió, ni entró en calor. “Tenía los mocos congelados”⁹, dijo recordando el momento. Una vez bloqueado el paso del agua, junto con sus compañeros limpiaron las vías, las despejaron y dieron la luz verde para que volvieran a circular los trenes que ya llevaban horas estancados, y llenos de gente con mucho frío en el interior. Los primeros tres que pasaron se fueron en dirección al sur, y a pesar del aire gélido, la gente asomaba sus cuerpos enteros por las ventanillas para saludar a quienes habían despejado las vías para ellos.

“¡Gracias!” gritaban y sacudían sus manos luchando con el potente viento. Orlando le sumó unas cuantas lágrimas a sus “mocos congelados” y se abrazó

⁹ Entrevista Orlando Cortés 14 de febrero 2015.

con sus colegas. “¡Gracias, gracias!” seguía gritando la gente también emocionada por lo que unos trabajadores anónimos habían hecho por ellos. Incluso el recuerdo de ese día emociona a Orlando el día de hoy; quizás fue el momento en el que se dio cuenta de que en los carros y coches que reparaba y diseñaba, las soluciones que encontraba, tenían una dirección clara y un público objetivo que sí disfrutaba de sus creaciones y su imaginación. Sus manos trabajaban por un propósito que por muchos años no había podido ver, pero que ese día pudo reconocer.

Vio su trabajo reflejado en las decenas de personas que miraron desafiaron el frío, el viento, la lluvia y el sueño para asomarse por una pequeña ventanilla en la parte superior de los vagones, y darle las gracias.

CAPÍTULO 2: EL EQUIPO DE LOS FERROVIARIOS

2.1 Los Enterradores

Los jugadores del *Ferro*, sin saberlo, tenían doble profesión. Trabajaban en labores acorde a sus estudios en la empresa de Ferrocarriles del Estado, pero también eran sepultureros en el cementerio de la Primera División. Claro que las revistas *Estadio*, *Vea* y los diarios como el *Mercurio* lo supieron antes que ellos, cuando desde lejos era más fácil ver con humor la peculiar situación que vivía el equipo ferroviario.

Desde su ascenso en el año 1949, el *Ferro* estuvo muchas veces temiendo volver al amateurismo; en algunas ocasiones se salvaron “por puro milagro” de terminar de vuelta en la División de Honor Amateur de donde habían llegado. Y claro, terminaron cayendo de forma definitiva en la Segunda División el año 1966, pero antes se preocuparon de dejar a otros equipos chilenos en el camino, para despejar la ruta hacia mejores temporadas que llegaron, pero que como casi todo en la vida de un ferroviario, fueron efímeras.

Ferrobádminton nació de la unión entre el club Bádminton y Ferroviarios. Los últimos venían de campeón por tercera vez consecutiva en la Liga que en ese entonces se conocía como “División Amateur”, y se les había prometido un ascenso a la División de Honor. Bádminton por su parte, debía descender pues

se había quedado con los últimos lugares en las temporadas previas, pero alegando a un estatuto que aseguraba que los equipos fundadores de la Liga Chilena en los años '30, no podían descender, complicaron a la dirigencia del fútbol chileno de la época. La solución llegó en forma de alianza, que unió a estos dos clubes en uno solo.

El debut de Ferrobádminton en primera división (y con ese nombre, el primero de todos) fue con otro clásico de tiempos pasados: Green Cross. Los ferroviarios ganaron el encuentro por 6 goles contra 3; ese torneo los protagonistas de esta historia se posicionaron en el séptimo lugar de la tabla general, lejos de todo peligro y con un optimista futuro en la Liga con lo que los ferroviarios sólo soñaban antes de lograr entrar.

Pero, así de rápido, en la segunda temporada en Primera División, el año 1950, Ferrobádminton peligró en el descenso. Quedó último en la tabla de posiciones, y debía haber bajado, pero la misma regla que le había negado el descenso a Bádminton, permitió que esta vez se quedaran todos en la primera división. Una nueva intervención de un estatuto que al parecer fue redactado, pero que nunca se ha visto en ningún lugar, y del cual poco se sabe, pero que en realidad le da misterio al equipo.

El año '52 fue memorable para el *Ferro*, la consolidación generada después de una serie de desencuentros entre los dos planteles que tuvieron que hallar una forma de llevarse bien, finalmente estaba echando humo blanco. Esta fue la mejor temporada del equipo, terminaron terceros en la tabla general, y Raúl Coloma empezó a ser considerado para la Selección Chilena, aunque, hasta el momento solo en entrenamientos previos.

El '53 y '54 fueron otras dos buenas temporadas para el cuadro del Estadio de San Eugenio, que terminaron en séptimo y cuarto lugar respectivamente. Sólo hubo alegrías para la gente y el plantel, que buscaban seguir con la buena racha en las siguientes temporadas.

Y llegó el segundo 'pero'.

En 1955 el formato de torneo tenía en Primera División a 14 equipos; y al finalizar la temporada, los ocho primeros disputaban el campeonato, mientras que los otros seis peleaban a muerte para no descender, todos contra todos por un espacio en la Liga. El campeón vigente, Universidad Católica sorprendentemente terminó en el último lugar de la tabla y tuvo que ir a pelear por una de las cinco plazas para mantenerse en la División, frente a Ferrobádminton, O'Higgins, Rangers, Santiago Wanderers y Santiago Morning.

Por esas cosas bonitas que tiene el fútbol (y que le agregan aliño a esta historia), Ferrobádminton jugó la última fecha definitoria contra Universidad Católica. Ambos llegaban en directa posición de descenso, ya que de la tabla eran los dos últimos, pero *Ferro* tenía una leve ventaja (leve en serio, de un punto) al momento del pitazo inicial. “Rotos y pobres era lo más suave que nos gritaron”, recuerda Raúl Coloma, que resguardó el arco del *Ferro* en esa jornada. Prieto, Infante y Cisternas se rieron de él cada vez que fueron a sacar la pelota de su arco después de un gol. El partido fue de ida y vuelta, pero nadie se esperaba el resultado, ni Coloma mismo.

Universidad Católica partió ganando hasta con dos goles de ventaja, pero cuando Ledezma sentenció el 4 a 4 final. Todo el estadio enmudeció; los hinchas de Católica sin poder creer lo que pasaba, y los de *Ferro* aún asumían la sorpresa de quedarse en Primera División.

Y se dice que así comenzó la leyenda, pero lo cierto es que un caso aislado no hizo la historia. Aunque no tuvo que pasar mucho tiempo para empezar a formar un patrón. En 1956 *Ferro* volvió a protagonizar una situación similar, esta vez no de manera directa, pero sí estuvo a poco de descender, sólo tuvieron la suerte de que a Santiago Morning le faltaban dos puntos que el *Ferro* sí tenía, y fueron ellos quienes se fueron al descenso en su lugar. Los dos equipos colistas se enfrentaron en dos ocasiones en el torneo; en la primera repartieron

puntos con un empate a uno, y en la segunda venció Ferrobádminton por 4 goles contra 2.

En la última fecha del torneo, Ferrobádminton enfrentó a San Luis de Quillota, - que también estaba en riesgo de descenso (era el tercero de los tres últimos)- y empataron a un tanto. Santiago Morning perdió 4 a 3 ante Everton y eso fue todo; *Chaguito* a Segunda División.

Ese mismo año Universidad Católica volvió a Primera, sólo para protagonizar otra disputa en 1957. Tras terminar en las últimas posiciones junto a O'Higgins y Ferrobádminton, fueron a Viña del Mar a enfrentarse en un triangular para definir al descendido. Los tres partidos se iban a jugar en el Estadio Sausalito, y cada escuadra llevó la fiesta a la Quinta Región en su propio estilo. Mientras Universidad Católica se hospedaba en el Hotel O'Higgins de Viña del Mar, y el equipo de la sexta región descansaba los huesos en otro hospedaje algo más humilde, Ferrobádminton concentró en el Estadio Ferroviario de la Estación Barón en Valparaíso.

Las camas estaban hechas de durmientes que sobraban de las obras en los rieles, y las que tenían respaldo lucían pintorescas decoraciones hechas con metales fundidos y rediseñados para parecer algo más hogareñas. La cancha donde entrenaron durante un par de días era de tierra, siempre observados de

cerca por las familias ferroviarias que se instalaban alrededor de las rejas a medio caer en la cancha. Coloma describía el ambiente como “cercano” pero como eufemismo porque estaban todos apretados en un espacio pequeño. Se prepararon siempre pensando en lo mejor, y volvieron a ser parte del funeral de otro equipo que emprendía su camino a Segunda División, pero que catatónico volvió a la vida en el último momento.

Pero volviendo al triangular, que aunque suene extraño, era harina de otro costal: Ferrobádminton perdió el primer partido contra Universidad Católica por uno a cero con gol de Mario Soto. En el segundo partido derrotó a O’Higgins también por la cuenta mínima, el gol lo anotó el argentino Chirico, y el *Ferro* se devolvió a Santiago a esperar el resultado final. Universidad Católica perdió por 4 goles a 2 ante O’Higgins y comenzó el camino al descenso por segunda vez.

Pero en la historia del fútbol chileno hay muchos “casi”, así como también hay milagros, porque la negligencia de San Luis de Quillota terminó salvándole el pellejo a los cruzados. Los de la Quinta Región habían terminado en tercer lugar, pero la irregularidad en la contratación de Juan Negri, cuya firma fue presumiblemente falsificada (y es de generoso usar la palabra “presumiblemente”), y las consecuencias trajeron consigo un castigo fuerte. Al equipo se le descontaron 13 puntos y así, con un total final de 17, descendieron a Segunda División.

Los años cincuenta fueron bastante irregulares en términos de orden y estatutos. El fútbol chileno ya llevaba más de 20 años formado, pero aún entonces no se lograba definir de buena forma cómo iban a funcionar las ligas, los puntos, los partidos y sobre todo las definiciones se modificaban de manera constante. Al triangular del '57, las definiciones todos contra todos el '55 y '56, y los puntos al final de la temporada previo, se le sumó el descenso por rendimiento el año 1958.

El coeficiente de rendimiento se sumaba en el desempeño de los equipos en las tres últimas temporadas; bajo este criterio, Ferrobádminton debió descender sin duda alguna ya que promediaba 21.33 y figuraba en la última posición en esta tabla especial. Le seguía Green Cross, con un 22.33, pero inexplicablemente los descendidos fueron ellos. De un momento a otro volvió a entrar el regulación el estatuto que no permitía a equipos que hubiesen jugado la primera temporada profesional del fútbol chileno (el año 1933) descender; incluso considerando el hecho de que Ferrobádminton como tal nunca jugó esa liga.

Los años de las mejores temporadas del *Ferro*, incluyendo las grandes hazañas de salvar el descenso –partidos multitudinarios y prácticamente obligatorios para el hincha y el socio- coincidieron con el “comienzo del fin” de la época dorada de Ferrocarriles en Chile. Jugando con la desaparición y el olvido, los

que defendieron los colores ferroviarios dieron luces de lo que iba a ocurrir en nivel macro en unos años más; cuando todo comenzara a desmantelarse.

13 y 10 fueron las posiciones que alternó el equipo entre los años 1960 y 1963. Literalmente alternados; siempre hablando en serio. En 1960 y 1962, quedaron en la posición 13. Y en los años '61 y '63 el escalón número 10 tenía los colores del *Ferro*. Cuatro temporadas buenas, que llevaron a un desenlace desagradable en 1964.

Ferrobádminton dejó de ser “*enterrador*” y pasó a ser “el *finao*”¹⁰. A pesar de haber ganado el último partido del campeonato ante Coquimbo Unido, el *Ferro* descendió después de una mala campaña en la que terminó sólo con 23 puntos, en oposición a los 52 de Universidad de Chile que se coronó campeón ese año.

El año siguiente el *Ferro* se coronó campeón de la Segunda División con 49 puntos, y volvió a ascender, para luego volver a bajar en la peor temporada del club, recibiendo goleadas en varios partidos, incluyendo un 7 a 1 ante Rangers. La goleada pasó a la historia en el club de Talca como una de las más grandes de su carrera, junto con otro 7 a 1 de la misma temporada ante Unión La Calera.

¹⁰ Entrevista Raúl Coloma, 26 de mayo 2015.

De esta forma, Ferrobádminton, y luego Ferroviarios a secas dejaron de lado la vocación de enterrar cadáveres catatónicos en el cementerio de la Primera División y empezaron a quedar en el olvido como en una jubilación muy indigna y traicionera, que dejó a la empresa y al equipo sin esperanzas, arrastrando a las familias, personas e ideales representados en un olvido muy ingrato.

2.2 De como nunca se debe ir del estadio antes del pitazo final

Raúl Coloma era el que más la sufría en su trabajo de “civil”. Era el arquero del *Ferro* y además trabajaba en el Departamento de Personal y Bienestar de Ferrocarriles del Estado, a dos cuadras del Estadio San Eugenio donde entrenaba. El puesto de guardametas siempre ha sido muy ingrato para aquellos que aún no tienen un nombre, pero que buscan formárselo; sobre todo en el caso de Coloma que además de enfrentar las críticas de la galería en el partido, tenía que vérselas con los hinchas que lo esperaban en la oficina los días lunes.

Todos los funcionarios de Ferrocarriles tenían la opción de hacerse socios del club por planilla; las inscripciones aumentaron considerablemente cuando el *Ferro* subió a primera división. En esos primeros años todo era una fiesta. Incluso cuando se peleaba el descenso los ferroviarios iban felices con sus familias a ver el partido más emocionante de la temporada, los bancos nunca eran suficientes ya que el partido del *Ferro* era, en ese entonces, el panorama de las familias ferroviarias los fines de semana; aunque gran parte del tiempo el equipo perdiese. Claro que a medida pasaron los años, y el grupo comenzó a consolidarse, todos se pusieron un poco más exigentes.

La empresa solía “ponerse” con dos trenes desde San Eugenio para llevar a los socios a dondequiera que jugara el equipo. Si era en el norte, salían los dos trenes más veloces, en el sur, iban los más grandes (el panorama siempre fue más atractivo para la gente hacia el sur), e incluso cuando jugaban en Santiago, transportaban a todos los hinchas desde Estación Central al Estadio Nacional, o a Independencia, o de verdad a donde fuera. Era una fiesta.

La defensa del *Ferro* en el año 1957 estaba compuesta por Coloma en el arco, Cabrera, Carmona y Huerta en el fondo, el mediocampo tenía como titular indiscutido a Avelino Díaz acompañado de Ramos, para abrir una ofensiva liderada por Barrionuevo y Chirico. Un equipo que generaba un fútbol dinámico pero inteligente (la rapidez no es el único factor que puede entregar movimiento a una escuadra), en general el grupo era bastante sólido, pero que a pesar de tener buenas características de juego no pudo dar notables resultados ese año (*Ferro* terminó 11 en la tabla de posiciones).

El año 1957 estuvo marcado por el Sudamericano que se realizó en Lima a principios de año. Chile llegaba como favorito después de los subcampeonatos de los años 1955 en Chile, y 1956 en un torneo extraordinario organizado en Uruguay en el cual Enrique Hormazábal fue el goleador con 4 anotaciones. Pero el escándalo que protagonizó prácticamente todo el plantel dejó a Misael Escuti, en ese momento arquero de Colo Colo con una suspensión perpetua de

la Selección Chilena y recibió un castigo, también en su club. De más está decir que con el tiempo ambas medidas fueron revocadas, pero los rumores de lo que realmente ocurrió en el país nortino abundan en versiones, casi todas apuntando a hechos bastante similares que no vienen al caso.

Lo que la indisciplina de Escuti generó en el fútbol chileno, y en un futuro en la memoria de la hinchada tanto de Universidad Católica como Colo Colo (y por qué no decirlo, Ferrobádminton), es lo que atañe a este texto.

Sergio “Sapito” Livingstone tenía 37 años de edad, Universidad Católica venía de ascender desde Segunda División, cuando la dirigencia y el cuerpo técnico del equipo cruzado le comunica que sus manos no están en los planes del club para la temporada. Durante los meses de distracción generados por el Sudamericano, Livingstone cierra un trato con Colo Colo, y declarando “No me pidan milagros” en la revista *Estadio* se alista para defender por primera vez una camiseta chilena que no fuera la cruzada.

Livingstone debutó con Colo Colo en la fecha número 6 del torneo, ¿ante quién? Ferrobádminton.

El partido fue el domingo 23 de julio y fue una fiesta para los ferroviarios incluso desde antes que llegara el fin de semana tan esperado. Los funcionarios

hablaban de cuántos integrantes de la familia irían al Estadio Nacional. Iban a ver al Sapito Livingstone jugando en el arco de Colo Colo; iban a verlo con una camiseta que no fuera la cruzada. La curiosidad medio morbosa terminó copando los cupos de los dos trenes (largos) que había puesto la empresa para ver el partido. Nadie siquiera se detenía a pensar en que iba a jugar el *Ferro*, ni siquiera importaba quién iba a estar en defensa, si iban a seguir con tres en el fondo, o le iban a agregar a algún otro para detener el ataque albo. Nada importaba, iban a ver al Sapito en una especie de renacer, como si nunca hubiesen jugado contra él vistiendo la camiseta de la católica.

Pero el comienzo del partido no fue como lo esperaban. Pareció, por momentos que ambas escuadras le tenían miedo al Sapito, o tal vez demasiado respeto. *Estadio* lo describió así: “Era como si los jugadores de Colo Colo y Ferrobádminton estuvieran firmemente convencidos de que no valía la pena prodigarse, porque ellos habían pasado a segundo plano, porque nadie los miraba, porque todos los ojos estaban pendientes de la figura del "Sapo". Y que hasta temieran romper el hechizo. Porque se jugó mucho rato con excesiva suavidad, con desmedido atildamiento, como si el objetivo del partido no fuera otro que presentar a la bullada conquista de Colo Colo”. (Estadio, N 737:28 de junio de 1957).

Para rematar más el ambiente, *Ferro* se fue a camarines perdiendo 2 a 1. Los goles de Colo Colo los habían anotado Cremashi ('30) y Moreno ('38), aunque había abierto la cuenta Barrionuevo para el *Ferro* en el minuto 16. La hinchada del *Ferro* estaba comenzando a aburrirse de un espectáculo que ya empezaba a salir mal, podría argumentarse que seguir viendo al "Sapito" en cancha hizo que la gente no se moviera de sus asientos, pero lo cierto es que no tuvo nada que ver con eso. Todo venía de una lección que se aprendió a duras penas el año 1954.

Ferrobádminton le hizo partidazos en numerosas ocasiones a equipos grandes como Colo Colo, Universidad Católica o Universidad de Chile (incluso en la época de auge del Ballet Azul), pero un partido en especial quedó grabado en la memoria colectiva de la hinchada. Fue en el mismo Estadio Nacional el año 1954 ante el equipo albo.

La delantera de Colo Colo en esos años tenía una fuerte ofensiva, destacando a Cremaschi en la generación de jugadas y Jorge Robledo como anotador (de hecho, ese año fue el goleador de la temporada con 25 tantos). Dos jugadores cuyas falencias quedaron en evidencia en el partido jugado ante Ferrobádminton por la liguilla de campeonato.

Ferro había terminado la fase regular en la cuarta posición de la tabla (su segunda mejor campaña después de 1952, en la que terminó tercero), y clasificó con optimismo a la ligüilla que en esos años sumaba los puntos para añadirlos a una tabla general de campeonato. Jugarían de local ante Colo Colo, pero como era un estelar, se jugó en el Estadio Nacional.

Como era costumbre, los hinchas llegaron en masa dentro de los trenes que la empresa facilitaba. Desde San Eugenio a Ñuñoa y de vuelta; esos viajes eran una fiesta familiar. Lo mejor era la caminata desde la Estación hacia el estadio. Todos se atrevían a hacer sus conjeturas de quién iba a ganar, pero finalmente se instalaban a ver lo que realmente iba a ocurrir en la jornada. En ese partido, todo parecía escrito en sólo media hora después del pitazo inicial. Muñoz, Cremaschi y Zamorano habían anotado el 3 a 0 a favor del cuadro albo. Ya cuando el *Ferro* iba 2 goles abajo, el público empezó a retirarse de las graderías preguntándose si alcanzaban a visitar la “Quebrada de Macul”¹¹ antes de que el tren de regreso abandonara la Estación. A pesar de que el *Ferro* logró anotar dos descuentos (ambos en los pies de Valenzuela) antes de irse al descanso, las galerías ya estaban comenzando a vaciarse, y para la hora en que empezó el complemento, sólo los de siempre se habían quedado en las graderías. Coloma recuerda haber visto el escenario, y más allá de

¹¹ Habían servicios de buses que salían desde la estación de Ñuñoa hacia lo que hoy es un parque pero que en antaño era una atracción turística muy llamativa. Se debe considerar que ni Peñalolén ni La Florida (comunas aledañas a la Quebrada de Macul), estaban tan habitadas como hoy, por lo que un paseo a la Quebrada de Macul era algo similar a lo que hoy es ir al Cajón del Maipo.

desanimarse, se imaginó los panoramas que se debían estar armando los ferroviarios para no volver a ver al equipo caer después de una temporada tan buena como la que acababan de tener.

Claro que los hinchas que estaban aún cerca del Nacional en el minuto 6 del segundo tiempo, habrán escuchado el grito de los pocos que quedaron cuando Focchi anotó el empate del cuadro ferroviario. Algunos se devolvieron, otros pensaron que el gol había sido de Colo Colo (aunque era demasiado poco probable, ya que los gritos de gol del cuadro albo habrían sonado mucho más fuerte) y siguieron su camino.

El gol de la victoria para el *Ferro* lo anotó Valenzuela a tres minutos del final. Triplete de Valenzuela y triunfo del *Ferro*. La gente no se la podía creer cuando la noticia se esparció en los vagones del tren que los llevaba de regreso a San Eugenio.

Esa fue la lección que mantuvo a la hinchada en sus asientos el año 1957, al ingresar los dos equipos para disputar un segundo tiempo que prometía mucho. Los hinchas de Colo Colo seguían extasiados de ver al "Sapo" en la portería, pero pronto fueron los del *Ferro* que sacaron pecho por su guardameta que detuvo todos los intentos de la delantera alba de sentenciar el partido a su favor.

Por eso nadie se arrepintió de haberse quedado cuando Chirico anotó el empate a dos goles en el minuto 23 del segundo tiempo. Todos estaban ahí para celebrar cuando Espinoza, a siete minutos del final sentenció el 3 a 2. Ese día nadie se enteró del resultado en el tren. Y cuando Coloma llegó a su puesto de trabajo el lunes, todos lo felicitaron y le dijeron que con su soberbia actuación habría logrado opacar al “Sapo”.

2.3 Sin guantes atajo mejor

Pocos saben que el día que se despidió el “Sapo” Livingstone de la Selección Chilena, el arquero había salido a la cancha usando la polera de Raúl Coloma, y que en el momento del reemplazo, el astro que se retiraba, le devolvió la prenda al ferroviario. Y que mientras dio la vuelta a la cancha con la canción del adiós de fondo, Coloma sólo podía preocuparse por el partido complejo que se le venía ante Argentina. El arquero que había crecido inspirado por la figura de Livingstone ahora tenía la difícil tarea de continuar su camino en la Selección.

Coloma nació el 9 de julio de 1928 en Estación Central. Siempre disfrutó practicar deportes, pasaba sus horas jugando básquetbol en el colegio, y el fútbol lo dejaba para las ligas de Barrio en la que defendió el equipo de la Población “Las Delicias”. Como otros arqueros (por ejemplo, Adolfo Nef, o el “Nano” Fernández) Coloma disfrutó jugando como centro delantero en sus inicios, pero cuando llegó a entrenar a la Población Edwards encontró su verdadera vocación.

En 1941 (Coloma tenía 13 años) se organizó un paseo grupal para llevar a los niños a ver un partido del Sudamericano que se organizó ese año en Chile. Fue entonces que Coloma encontró su ídolo e inspiración; había quedado maravillado con los saltos del “Sapo” Livingstone en el partido. No recuerda qué día era, ni quién jugó, pero lo que vio le quedó grabado en la memoria; él quería

estar entre los postes defendiendo a su equipo con saltos tan espectaculares como los que había visto ese día.

El año 43 llegó a las divisiones juveniles de la Unión Española y cuando tenía 18 años lo ascendieron como suplente del arquero “Nano” Fernández. Coloma no pudo jugar ni un partido en la Unión, pero de alguna forma se fue a meter, a fines del año 1949 a la nueva cantera que estaba armando Ferrobádminton.

Cuando llegó al recién fundado club, había una pugna entre dirigentes por traer a sus elementos al equipo titular. Era un plantel el doble de grande que el resto de las escuadras chilenas, y todos peleaban por una posición y un nombre. Coloma se fue a probar al equipo, y entró como séptimo arquero (por detrás de los tres de cada equipo), de alguna forma escaló a la segunda posición, y terminó debutando en el segundo partido de la temporada de 1950. Ante nada menos que Unión Española ingresó al campo de juego Raúl Coloma, y no volvió a salir de la titularidad.

Raúl entonces firmó su contrato que lo ligaba no solo al club, sino que a la empresa de Ferrocarriles del Estado. Como tenía estudios en humanidades, entró a la oficina de Bienestar, lo cual le entregó una seguridad laboral muy especial que le permitió cumplir un sueño que llevaba años tratando de formar.

La madre de Raúl Coloma falleció cuando él tenía solo 5 años de edad. Su padre nunca le dijo qué pasó, ni a él ni a sus hermanos menores; pero como él era el mayor su memoria guarda más entendimiento que la de los demás. Recuerda haberla visto saliendo en camilla de la casa rumbo a la ambulancia que se había estacionado en la puerta, él fue corriendo a la pieza desde donde la habían sacado, y vio la cama llena de sangre. Años después pudo relacionarlo todo, asumiendo que probablemente su madre estaba embarazada de su quinto hijo, y que algo salió mal. No la volvió a ver con vida.

Coloma y sus hermanos se fueron a vivir a la casa de la abuela paterna, mientras su padre se alcoholizaba y vivía en la miseria. Sus tres hermanos menores comenzaron a refugiarse en Raúl, forzándolo a una maduración muy temprana que le significó tomar conciencia de las cosas mucho antes. El alcoholismo de su padre le generó un temor a la bebida que mantiene hasta el día de hoy, y que lo tuvo alejado de las parrandas y las grandes polémicas del fútbol chileno.

En su adolescencia, su padre que había contraído segundas nupcias y ya tenía 3 de los 5 hijos que tendría con su segunda mujer, llevó de vuelta a Coloma y sus hermanos. Las cosas nunca funcionaron bien, y como Raúl era el mayor, pasó gran parte de su adolescencia peleando y reclamando cada vez que a uno de sus hermanos no les daban comida, o le faltaban zapatos, o se enfermaban

y nadie hacía nada. Es por eso que cuando -una vez con contrato firmado-, tuvo una fuerte discusión con su madrastra, decidió tomar sus cosas e irse. Arrendó una pieza, la amobló como pudo y con el pasar de los años ayudó al resto de sus hermanos a continuar su camino.

Coloma rompió el récord nacional con más temporadas jugadas en el profesionalismo, sumando 20, y llegando a su último partido con 47 años. Fue convocado a entrenar por la Selección Chilena por primera vez el año '53, y estuvo en la plantilla oficial en el Campeonato Sudamericano de 1955 como arquero suplente de Misael Escuti. En la final que se jugó con Argentina y previo a la cual fallecieron siete hinchas intentando entrar al Estadio Nacional, Raúl Coloma estaba sentado en el banco. En esa histórica noche, un solo gol dejó a Chile con el primer subcampeonato de su historia.

Pero el tiempo le daría la revancha a un portero que siempre supo de adversidades y luchas. En sus horas laborales Coloma conoció el significado de “fraternidad”, se movió en los círculos ferroviarios, y entre sus personas y trabajadores descubrió lo que él mismo describe como “solidaridad, como una familia”¹². Aprendió a distenderse, a reírse y a pasarlo bien haciendo lo que amaba en la cancha, y ayudando a otras personas en la oficina de Bienestar de Estación Central. Su carrera administrativa siempre fue en subida, incluso llegó

¹² Entrevista Raúl Coloma 26 de mayo 2015

a ser jefe en los años en los que se alejó de las canchas (en lo que había pensado que iba a ser un retiro permanente, pero que no lo fue), y demostró siempre probidad y transparencia. Se negó a recibir regalos de los ferroviarios, ni aunque fuesen a modo de agradecimiento por gestiones, y siempre evitó reuniones a puertas cerradas. Se había convertido en el hombre intachable que también demostró ser en el deporte.

Raúl Coloma recuerda a una gran cantidad de jugadores que alguna vez le marcaron un gol, ya sea defendiendo el arco de Ferrobádminton, o con los colores de “La Roja”. Pero de todos, al que más ha respetado es al mítico Pelé, que le anotó dos en la victoria por 3 a 0 de los brasileños sobre Chile en el Sudamericano de Buenos Aires el año 1959. Coloma recuerda que cuando el astro fue a llevarse la pelota desde dentro del arco que estaba defendiendo, le dijo “No es culpa tuya, arquero”, sin sorna, ni burla, una honesta declaración frente al poderoso cabezazo que había dado y que habría sido inatajable para la gran mayoría de los porteros.

“¿Sabes tú lo que es pararse frente a Vavá, Didí o Pelé? Yo no les tenía miedo, pero me sentía como un perejil”, dijo Coloma cuando recordó esa jornada el 15 de marzo de 1959 en el Estadio Monumental de Buenos Aires. Meses después la historia le daría recompensa, que estuvo en cancha la primera vez que Chile le ganó a Argentina, en el amistoso que se jugó en el Estadio Nacional y que

también marcó el retiro de una de las grandes inspiraciones de Raúl: Sergio Livingstone.

El mítico partido es probablemente el hito más grande en la carrera de Raúl Coloma. Se jugó el 18 de noviembre de 1959; las graderías estaban llenas, pero casi nadie esperaba un resultado positivo para la Selección Chilena, sino que la motivación detrás de la gran asistencia era despedir al “Sapo” Livingstone que diría adiós a la Selección a sus 39 años. Entró a la cancha con quienes habían sido sus compañeros, se paró bajo el arco unos segundos, y después fue reemplazado por Raúl Coloma. La camiseta que se intercambiaron era del ferroviario, de su propia adquisición, y el partido que jugó con ella después de tomar el lugar del legendario Livingstone pasó a la historia.

“La ocasión llegó en una noche completa, perfecta. Una noche que difícilmente podrá borrarse del recuerdo de quienes la vivimos. Una de esas noches que sólo pueden brindar el deporte chileno, la cultura chilena —representada en esa magistral reprise de “Cocoliche”—, el contenido humano del aficionado de este país, que respondió con su presencia al impresionante homenaje a Sergio Livingstone y que lo hizo conmovedor con su batir de pañuelos para despedir al astro. Y en esa culminación feliz del partido” (Estadio, N 881: 26 de noviembre 1959) escribió la edición de la revista *Estadio* respecto a la hazaña conseguida esa noche por la Selección Chilena. Una ocasión histórica que comenzó cuesta

arriba para la escuadra nacional, con las dos primeras anotaciones del partido de color albicelestes.

El primer gol llegó en los pies de Ruiz, quien tomó el balón después de que rebotara en la barrera en un tiro libre ejecutado por Facundo. El segundo lo anotó Sanfilippo, Coloma lo recuerda muy bien; a la vuelta del entretiempo una jugada ordenada, rápida y con coordinación extraordinaria terminó con el finiquito de Sanfilippo en el arco, arrastrado e imparable. Los ánimos decayeron en los jugadores, los hinchas, la banca chilena, y en Coloma.

¿Quién se iba a esperar que la historia iba a tener un giro tan espectacular con sólo un tiempo por jugar? Pocos, pero con el primer gol de Chile, marcado por Bello con mérito de Moreno, los ánimos comenzaron a mejorar. Coloma poco a poco se fue transformando en espectador, aunque tuvo intervenciones notables cortando centros y evitando los rebotes que podían ser tan peligrosos frente a una delantera como la argentina.

El segundo gol de la noche lo marcó Leonel Sánchez de penal (la falta fue sobre Ríos), y después de eso, Chile no paró. El tercero fue de Bello nuevamente, y el cuarto de José Benito Ríos, pero siempre con el mérito de Moreno, que desbordó todas las pelotas que pudo, y se lució con centros retrasados, adelantados, entre líneas, de todo tipo. Un partido redondo que

terminó con un estadio lleno de antorchas improvisadas de papel apuntando al cielo.

Dentro de las figuras del equipo estuvo Contreras, que no dejó que nadie atravesara su línea con el balón en los pies. Navarro y Eyzaguirre funcionaron en comunicación continua y movieron la pelota en el medio campo con rapidez para darle movilidad al juego de los delanteros, estos tres personajes, sumados a Leonel Sánchez, en un futuro serían parte del plantel de Ferroviarios. Las vueltas de la vida.

En el momento en el que terminó el partido, Raúl Coloma corrió al centro de la cancha a reunirse con sus compañeros, como fue la costumbre impuesta por Fernando Riera, saludaron a la gente, a las miles de antorchas encendidas, y vieron que quedaba fuego para mucho rato más, que nadie quería irse. Los jugadores, cruzando pocas palabras entre ellos, decidieron dar una vuelta olímpica en el Estadio Nacional, frente a las miles de personas que habían ido a despedir al Sapo, y que se encontraron con la primera victoria después de una serie de lamentos.

Coloma recuerda de manera anecdótica, que por ganar ese partido, las autoridades le entregaron al plantel, como premio, una suma de dinero muy

baja. Se compró una radio a pilas con el dinero, la dejó en su escritorio un tiempo, pero ahora ya no la tiene. Sólo guarda el recuerdo.

Jugó veinte temporadas en el *Ferro*, rompiendo un récord nacional. Desde 1950 hasta 1964 defendió el arco del equipo tanto en primera como en segunda división, se retiró “sin tanta parafernalia” y se dedicó a seguir con su carrera administrativa. Pero la historia no se iba a terminar ahí, en una ocasión fue a jugar un amistoso junto a sus colegas con el equipo de *Ferro* que ya se encontraba en Segunda División de manera definitiva, atajó como en pocas ocasiones y el técnico de apellido Varela le dijo “ya, anda a inscribirte, vas a jugar con nosotros”.

Coloma ya era jefe de su área en la época, por lo que gran parte de las veces le tocaba entrenar solo en la noche. Con la disciplina que le caracterizó, jugó desde 1971 hasta 1975; el arquero más longevo llegó a jugar hasta los 47 años, compartiendo cancha con leyendas como Leonel Sánchez, Eyzaguirre y Contreras.

Un jugador lleno de historias, anécdotas y vivencias. Entrenó en una ocasión con Nacional de Uruguay (después de jugar un amistoso con Ferrobádminton contra la pre Selección Uruguay), recorrió el mundo en la gira por Europa con la Selección, se compró una radio a pilas con el premio de la victoria ante

Argentina, coleccionó sus portadas en la revista Estadio y disfrutó de lo que hacía dentro y fuera de la cancha. Atajó todo tipo de disparos sin guantes, “a mano limpia”, con coraje y mucha pasión. Raúl Coloma se reconoce a sí mismo como un “agradecido del fútbol”, y hasta sus últimos días en la institución ferroviaria y futbolística, llegó a entrenar con una sonrisa, y se fue con más sabiduría.

2.4 El *Ferro* lleno de grandes

Leonel Sánchez, histórico del Ballet Azul y la Selección chilena, se había instalado con un negocio de “chunchitos” después de su retiro de las canchas de Primera División. Acababa de terminar la temporada en segunda en 1971, defendiendo a Palestino logrando llegar al tercer lugar de la tabla final, aunque el equipo quedó fuera del ascenso que en esos años promovía a los dos primeros de la tabla. Leonel tenía 36 años, y ya estaba dispuesto a colgar sus botines y descansar en su hogar en la calle Einstein, pero un viejo amigo lo fue a visitar.

Sergio Navarro había sido compañero de Leonel en el Ballet Azul y la Selección Chilena. Las horas de entrenamiento, de viajes, concentraciones y experiencias deportivas había generado en ellos un lazo de potente amistad que llevó a Navarro al local de Leonel antes del inicio de la temporada de Segunda División del año 1972. La carrera de técnico del “Checho” había comenzado años atrás, y después de cerrar contrato con San Luis de Quillota, había llegado al *Ferro* con la intención de subir a la institución a la Primera División. Una tarea compleja, pero que quizás podría alcanzar “con la ayuda de sus amigos”.

Ferro y Bádminton se “divorciaron” el año 1969, ya estando en segunda división. Los planteles se dividieron, teniendo que pasar por un proceso de

“reagrupación” bastante largo, que tuvo al cuadro de Bádminton fuera por una temporada. Ferroviarios, por su parte logró caer de pie; mantuvo los colores amarillo y negro, y jugó ese torneo de segunda división quedando en la quinta posición de la tabla final; Raúl Coloma estaba en su periodo de primer retiro, y no defendió el arco del equipo, que en total recibió 53 goles en un torneo largo de 35 partidos.

La temporada de 1970 estuvo marcada por el encuentro entre Ferroviarios y Bádminton en la segunda mitad del año: el partido lo ganó Bádminton por 3 a 0. Pero la escuadra que terminó saliendo victoriosa tanto en ese partido de ida, como el de vuelta, quedó en el undécimo lugar, a un punto de tener que batallar por quedarse en segunda, mientras que el *Ferro* terminó ocupando el puesto número diez. 1971 fue un mal año para Bádminton, que descendió a tercera división mientras que el *Ferro* se quedó en el sexto lugar de la tabla, a la espera de lo que sería su mejor temporada en Segunda División desde su regreso.

Así fue que Sergio Navarro llegó al local de Leonel previo al inicio de la temporada en 1972. “Oye te tengo que pedir una *paleteada* y no puedes decirme que no *po*. Quiero que juegues en *Ferro*, acompáñame un año para hacer una buena campaña, contigo ahí en el medio quedo a la *pinta*”¹³, le dijo a Leonel, que se negó varias veces, pero la insistencia de Navarro terminó

¹³ Entrevista Leonel Sánchez 13 de junio 2015.

convenciendo a Sánchez a seguir los pasos de su amigo hasta San Eugenio: “Bueno, pero lo hago por *voh*, porque jugamos juntos en la U”.

De manera similar, pero necesitando mucha menos insistencia reclutó a Luis Eyzaguirre y a Carlos Contreras, que se unieron a un equipo lleno de estrellas como Freddy Molina, “Viejo” Ampuero, “Chico” Jeria y el reincorporado Raúl Coloma. Todos reunidos con un motivo fijo: devolver al *Ferro* a Primera División. Jugadores que habían conocido glorias y tierras de antaño llegaban a un estadio con camarines de madera, pocas duchas y espectadores en cada entrenamiento.

Leonel Sánchez había llegado a la delantera del *Ferro* con imponencia. Sergio Navarro pretendía sacarle todo el “jugo” que pudiera a sus habilidades para hacer chocar la pelota en la red, sin la necesidad de dejar a Leonel como delantero, sino que como un mediocampista con la libertad de avanzar lo que quisiera en cancha, y disputar con toda su energía los balones en plena jugada; después de todo estaban en segunda división y la agresividad “pasaba colada”. Su fuerte personalidad, sumada a su alegría y tremenda capacidad de anotar, terminó haciendo explotar de alegría a los hinchas del equipo que hacía de local en todo Chile. Claro que las celebraciones tardaron bastante más de lo esperado en llegar.

En las cinco primeras fechas del torneo, el *Ferro* no se pudo encontrar con el triunfo, San Luis, San Antonio Unido y Palestino derrotaron a la escuadra de San Eugenio mientras que en el enfrentamiento ante Lister Rossel, pudieron recuperar su primer punto al conseguir un empate a uno. De ahí en adelante, la campaña del *Ferro* comenzó a repuntar y, lento, pero seguro escalaron posiciones, y a punta de empates, victorias por la mínima, apretadas, o goleadas, llevaron una alegría a un pueblo ferroviario que aún vivía sus años dorados.

Los entrenamientos en Ferroviarios eran fiestas. Los niños e incluso adultos se apilaban contra las rejas para ver a los tremendos ídolos jugando por el club que los representaba, incluso cuando iban perdiendo en las primeras fechas, el apoyo estaba presente, los niños perseguían a los jugadores cuando salían y se dirigían a sus autos, o al restorán de la señora Isabel. Muchos trabajadores incluso abrieron las puertas de sus casas a estos jugadores que habían traído aires de Primera División de vuelta al Estadio de San Eugenio. Los asados, las invitaciones a bautizos, fiestas patrias, o lo que fuese se hacían presentes después de casi todos los entrenamientos, y en algunos casos los jugadores accedían y vivían el tiempo de sus vidas disfrutando del cariño de unos hinchas demasiado familiarizados con la cercanía.

Leonel Sánchez había descubierto en este camino un deseo propio, y una motivación que no había llegado inmediatamente cuando le dio la respuesta positiva a Sergio Navarro. Para él nunca fue de menor “pelo” el jugar en Segunda División; todo lo contrario, era aún más competitivo. Los martes del ascenso llenaban estadios, con jugadores que dejaban la vida por llevar a su equipo a rutas mejores, siendo éstas la meta, en vez de un medio para ganar campeonatos. Lo que a Leonel le parecía tan especial, era la manera perfecta de culminar una carrera que había comenzado desde que era muy pequeño, incluso antes de llegar a jugar fútbol.

El padre de Leonel Sánchez, como muchos saben, era boxeador. Peleaba por los colores del Bádmiton y cuando los clubes se fusionaron, y estiró su representatividad al pueblo ferroviario, Leonel tenía 14 años y en cada ocasión en que podía, se iba a instalar a las gradas del Teatro Caupolicán a ver a su “viejo” lanzar los últimos puñetes antes de su retiro. A esas alturas, Leonel estaba entrenando fijo en las divisiones inferiores de Universidad de Chile y era mirado de cerca por técnicos que fueron esenciales en su carrera como Luis Tirado y Luis Álamos, pero a pesar del trabajo duro, siempre tuvo tiempo para escuchar a su padre y verlo pelear.

Su carrera con Universidad de Chile fue más que conocida, y con la Selección Chilena, tercera en el Mundial de 1962, terminó de reafirmar una carrera que

tenía grandes planes para él. Era fanático de jugar en los clásicos universitarios, o los partidos con Colo Colo¹⁴, hasta lesionado los jugaba, con anestesia, con vendas, o lo que fuera. Cuando no pudo meter goles con los pies, los hizo con la cabeza, aunque las pelotas que se usaban en el tiempo fueran “cosa seria”. En sus propias palabras, disfrutó cada partido que salió a disputar y nunca quiso pedir cambio, o quedarse quieto en la cancha; el juego le daba vida, y quizás por eso se negó a sellar su retiro en Colo Colo el año 1970¹⁵, y quiso continuar jugando para poder saciar una de sus curiosidades más grandes.

“Siempre se decía cuando jugábamos en la Chile que en la Segunda División era bravo, que se pegaban las tremendas *chuletas*”, recuerda. Eso fue lo que comprobó estando en Palestino, en 1971, y luego en Ferroviarios, impulsado netamente por su cariño a Navarro. “Nunca le ha hecho daño a nadie (...) Y eso mismo es lo que lo hace tan querido (...) Él tiene una personalidad muy fuerte, iba de duro dentro de la cancha. Pero eso no le impidió ser siempre una buena persona” (Figueroa, Morgán 2014:124), dijo Navarro para el libro “Los 11”.

El equipo que permitió que Leonel se reencontrara con viejos amigos, también le llevó a conocer nuevos. Avelino Díaz, Coloma y Carmona entraron a su

¹⁴ Equipo con el cual había empezado a nacer rivalidad desde el año 1959, en el primer título del Ballet Azul.

¹⁵ Llegó a ese equipo después de que la dirigencia de Universidad de Chile le cerrara las puertas.

círculo de cercanos. El “Gran León” disfrutaba como nadie la compañía y la amistad, pero para él, nunca antes el protagonismo completo ni la motivación de una campaña había sido netamente impulsada por este lazo. La amistad, la camaradería, las risas, la ligereza y el disfrute eran el fin mismo de jugar en el *Ferro*.

Claro que hubo victorias, y muchos tantos anotados por el mismo Leonel. Las goleadas a Lister Rossel, Palestino, Iberia y Colchagua hicieron reventar las graderías de alegría, que cada vez llenaban más los estadios con la esperanza de que ese sería el año en el que el *Ferro* volvería a Primera División, y, con los “cracks” que tenían, hasta se hablaba de que estaban todos esperándolos asustados; conversaciones clásicas en la hinchada futbolística de cualquier color.

La buena campaña liderada por Sergio Navarro, llevó al *Ferro* al segundo lugar de la tabla, y a pesar de que en el último partido de la temporada cayeron por 2 a 0 ante Ovalle, la alegría estaba latente, ya que el vicecampeonato también les debió haber asegurado el ascenso. Pero las cosas no fueron así.

Las versiones de lo que ocurrió, abundan. Eyzaguirre y Sánchez están seguros de que tuvo que ver con que los estatutos de la Federación Chilena “justo cambiaron ese año”, y sólo podía ascender uno. “La mala pata”, diría Leonel.

Los cambios repentinos en las políticas del fútbol chileno eran muy comunes, como ya quedó claro en la historia en la que los jugadores del *Ferro* cumplieron el rol de “Enterradores”, pero nunca dejaban de sorprender.

Por su parte, Sergio Navarro entregó información muy diferente a los escritores del libro “Los 11”: “Tras ese torneo nos correspondía subir a Primera División, pero los dirigentes me dijeron que no había plata para eso. Y cuando los denuncié me echaron. Ahí Leonel dijo que había sido suficiente para él” (Figueroa, Morgan 2014:123).

De todas formas la historia, y los hechos apuntan a que el *Ferro* se tuvo que quedar en Segunda División. Podría ser por falta de suerte, o de dinero, pero de todas formas la carrera de Leonel terminó ahí, junto con la de Eyzaguirre, y al lado de sus mejores amigos.

El sentido que Leonel encontró y que no pudo descifrar en un primer momento, tuvo que ver con su padre. Se dice que llegando al final de la vida, los roles siempre se invierten, y el tiempo empieza a correr hacia atrás. Nada pudo cerrar de mejor forma la carrera de un grande del fútbol, que iba a ver a su padre luchar por el Ferrobádminton en su juventud, cuando su carrera recién nacía. En sus últimos días como futbolista, tuvo como espectador a su padre en las

graderías, aplaudiendo orgulloso a su hijo, entregando alegrías a la gente que él mismo, por un tiempo, llegó a representar.

2.5 El penal

Cuando Luis Eyzaguirre entró a jugar a las juveniles de la U, lo pusieron de defensa central, hasta que un día Luis Álamos lo observó con detención y le dijo “Negro Eyzaguirre, eres muy bajo, mejor te voy a poner de lateral y dejar a Contreras ahí al medio”. Esa decisión marcó para siempre la carrera del jugador, cuyas ocurrencias en la posición hicieron que fuera llamado a la selección del Resto del Mundo de la Fifa; para pasar a ser conocido como “Fifo” en los círculos futboleros.

Luis Eyzaguirre se crio en los barrios aledaños a la Plaza Yungay, en San Pablo con Libertad. Fue parte del famoso plantel del “Ballet Azul”, dentro del “piño” que venía de las divisiones inferiores de una Universidad de Chile que puso mucho esfuerzo en sus jóvenes. Debutó en la Selección Chilena en la gira por Europa dirigida por Fernando Riera en 1960. Jugó el Mundial del '62 siendo aún un jovencito de 22, para luego ser llamado por la Fifa para compartir cancha con Di Stéfano, Yashin, Púskas, Eusebio, Pelé, y varios grandes más el año 1963.

El historial de Eyzaguirre es tremendo, pero más allá de los hitos que marcaron su carrera, su forma de juego fue el que dejó hasta a los técnicos pasmados. Siendo defensa, la osadía de Luis de dejar su puesto para atacar sin miedo era

algo demasiado nuevo para la época, siendo prácticamente el inventor de lo que hoy se conoce como “líbero”, con características de volante (ya sea de creación, o contención, siempre dependiendo del partido); un visionario que llegó a ser reconocido y temido por sus contemporáneos.

Para entender por qué Eyzaguirre se sentía tan llamado a las zonas ofensivas del equipo, hay que retroceder a sus inicios en el fútbol de barrio. Luis disfrutaba jugando como delantero con sus compañeros, no solo para anotar goles, sino que para estar “donde queman las papas”. Tal vez fue ese instinto primitivo que lo llevó a correr, con pelota y todo a las primeras líneas del ataque en “la U”. En una época en la que los esquemas se respetaban, y las innovaciones daban miedo, Eyzaguirre abandonaba su puesto varias veces en un partido para ir a dejar un centro a los delanteros libres en el área opuesta.

“No te vayas tanto”, le decía Luis Álamos después de cada partido. “Pero ¿por qué? ¿Cuál es el problema? Si voy y vuelvo no más”¹⁶, respondía Eyzaguirre riendo, porque siempre estuvo a la altura de las circunstancias. En la época le tocó marcar a grandes del fútbol chileno, siendo Bernardo Bello de Colo Colo, el mejor en sus propias palabras. Su trabajo era muy duro, considerando que los esquemas de sus años tenían como base del ataque la figura del “puntero” apernado en los planteles, y vaya que hacían bien su trabajo. Fue esta picardía

¹⁶ Entrevista Luis Eyzaguirre 27 junio 2015

la que llevó a su debut por la Selección en el Campeonato Sudamericano de 1959, cuando solo tenía 19 años.

Su baja estatura y risueña actitud, con regularidad hacía pensar a quienes lo veían que era aún menor, sobre todo cuando se fue de gira por Europa con la Selección que Fernando Riera había juntado: “Los equipos se arman de atrás hacia adelante”, solía decir. Eyzaguirre nunca había llegado tan lejos en el mapa. El viaje a Europa le enseñó mucho más de lo que esperaba, y sin saberlo lo preparó para lo que se le vino en el Mundial del '62. Antes de siquiera poner un pie en la cancha había quedado más que sorprendido con los paisajes que pudo ver, pero cuando se puso a jugar se dio cuenta de que los “monstruos” que se había imaginado cuando pensaba en el fútbol europeo, no eran más que hombres muy altos, con mucho físico, pero poca técnica.

Claro, la Selección tuvo goleadas feas en la gira, y Eyzaguirre fue descrito por la prensa como “un juvenil”, pero si de algo sirvió el viaje, fue para perderle el miedo a un equipo que finalmente estaba constituido por personas comunes y corrientes, con capacidad de equivocarse. Además, Luis encontró en ese viaje un aspecto cultural de la vida que no había conocido antes, su mundo dejó de consistir solo en Latinoamérica, y también descubrió que había cosas más importantes que jugar excelente y dejarlos a todos marcando ocupado en la

cancha. Había un sentido en el deporte que ya había encontrado antes, pero que pudo ponerle nombre.

Eyzaguirre no era un goleador por naturaleza, no era su deber, pero recuerda una anotación en especial que lo hizo sentir como una estrella. Fue contra Unión la Calera en la que jugaba Elías Figueroa, el año 1964. Recibió la pelota del arquero Astorga y se la llevó con todo al arco contrario. Un carrerón que “si hubiese sido en el Estadio Nacional, pasa a la historia”. Su velocidad y falta de miedo fueron las principales herramientas que le permitieron jugar en el Ballet Azul, luego llegar a Huachipato y finalmente cerrar junto a sus amigos en Ferroviarios.

Sergio Navarro no tuvo que insistirle mucho para que se fuese a la segunda división. “Ya *po*, a lo que me venga”, le dijo aceptando un trato que lo reuniría con Leonel y Contreras, que había tomado su lugar como defensa central en los juveniles. Era como volver a casa.

Lo primero que le llamó la atención a Luis Eyzaguirre al llegar al *Ferro* era la pobreza que representaba el equipo. Nunca le pareció algo negativo; todo lo contrario, era pintoresco y le añadía más anécdotas a los relatos de su última temporada en el fútbol profesional. Los camarines eran de madera, la vestimenta no era de la mejor calidad, y los agujeros en las rejas que rodeaban

el estadio, hacía que pocas veces las prácticas se sintieran vacías. Disfrutaba los viajes en ferrocarriles en los salones, riendo con sus compañeros. Bajándose en estaciones para hacer escala “porque sí” y tomar el tren siguiente que llevaba a los hinchas a los encuentros.

Para Eyzaguirre todo era bonito. Nunca quiso quejarse de nada, porque todo era una fiesta para él. Se unió al plantel como si fuera uno más, y compartió los últimos entrenamientos con su compadre de toda la vida: Leonel Sánchez, a quien lo une un lazo más fuerte que los simples abrazos después de un gol.

El padre de Eyzaguirre falleció de una insuficiencia renal el año 1962, después del Mundial de fútbol. Por lo que en su matrimonio, realizado dos años después, Luis se acercó a Leonel para pedirle un tremendo favor: “Quiero que seas mi padrino de casamiento”, le dijo a Leonel que inmediatamente pensó que era una broma y se rió. “Pero cómo yo si hay tantas personas”, le dijo sin entender bien si todo iba en serio. “Porque eres mi amigo, representa a mi padre, con eso basta”, le contestó Luis, convenciéndolo de estar ahí ese día. Ya desde antes los unía un cariño fraternal inexplicable, pero después de eso Leonel pasó a ser parte de la familia de Luis y viceversa, eso hizo tan especial el tiempo que compartieron juntos en Ferroviarios. Colgaron los botines juntos en el mismo equipo.

Uno de los gajes de jugar tanto junto a Leonel, eran las inexistentes posibilidades que tenía cualquier otro de patear una pelota detenida desde la mitad del campo hacia arriba. Sánchez siempre fue el dueño de los tiros libres y penales en Universidad de Chile, la Selección, y hasta en su paso por Colo Colo se encargó de definir ante el pitazo del árbitro. Pero, por alguna razón, mientras estaban en Ferroviarios, un cobro de penal en un partido ante San Luis no tuvo como pateador al de siempre.

Los partidos con Ferroviarios siempre eran ligeros. Es verdad que en Segunda División se peleaban la vida por ascender, pero el carácter natural que tenía el fútbol en esa instancia era única. El juego realmente era eso: un juego. Un espacio para entretenerse, Eyzaguirre y Leonel volvieron a sus raíces futbolísticas en un equipo que los instaba a disfrutar y volver a ser niños en el final de su carrera. Recuperar esos espíritus que se habían conocido en las divisiones juveniles de Universidad de Chile, cuando en el juego no había otro propósito más que terminarlo y gozarlo.

Esta especie de despreocupación mezclada con la dicha de volver a jugar como en los viejos tiempos, hizo que la competitividad le diera espacio a la innovación sin presión. Así fue que Luis Eyzaguirre terminó pateando un penal en la fecha 27 del torneo de Segunda División. El rival era San Luis de Quillota, y el resultado era adverso para Ferroviarios que caía por 2 a 1 en el segundo

tiempo de partido. “*Chutéalo voh*” le dijo Leonel parado fuera del área. “Pero si yo nunca he pateado un penal”, decía Luis, pero varios le instaron a que lo intentara. No era que no hubiese nada que perder, habían puntos en riesgo, pero la entretención era más importante, y probablemente todos tenían curiosidad de ver cómo pateaba un penal un defensa que en toda su carrera nunca había intentado desde los doce pasos.

Claro que el resultado fue desastroso. La pelota se le fue directo “a las nubes” y *Ferro* terminó perdiendo el partido. Luis Eyzaguirre lo recuerda, y contra todo pronóstico, aún hasta el día de hoy se ríe. En ese momento, recuerda haber ido donde Leonel a preguntarle por qué no mejor lo pateó él. Después se acercó a Sergio Navarro a pedirle perdón. El técnico, que miraba risueño desde la banca todo lo que ocurría en la cancha le dijo “no importa negro, si tú eres defensa, los defensa no meten goles así”, tratando de quitar un peso de los hombros del lateral que, aunque se hubiese perdido treinta penales en el *Ferro*, ya estaba haciendo historia.

Luis Eyzaguirre actualmente vive a pasos de la playa en Algarrobo, en una casa llena de fotos de antaño, y revistas con crónicas de partidos que él recuerda muy bien. Dice que le encantaría seguir jugando si pudiese, pero su artrosis se lo impide. Su memoria se regocija al recordar todos los momentos en los que fue feliz en la cancha, y aunque las cosas hace años que no van bien para

Ferrovianos, la felicidad que el equipo le devolvió al ejercicio de su carrera, las risas que se ganó y compartió mientras jugaba con lo que él llamó “un plantel compuesto por un gran grupo de amigos”, le genera satisfacción haber dedicado su retirada al equipo.

“Debería volver *Ferrito*, que vuelva”.

CONCLUSIONES

El trabajo recopilatorio realizado efectivamente recuperó ideas, historias, anécdotas y reflexiones que en gran parte de los casos no habían sido compartidas por sus personajes previamente a otras personas. El carácter íntimo de las entrevistas permitió desenredar hechos históricos con facilidad, armar relatos respecto a una o más historias y delinear un “ecosistema” en la Maestranza de San Eugenio.

Para obtener contexto y relatos sociales, como fiestas, o partidos de fútbol, fue más sencillo obtener información mediante conversaciones en grupo, en reuniones de jubilados, o entrevistas en conjunto, ya que el intercambio de comentarios fue esencial para desarrollar un relato anecdótico y que retratase el ambiente en los detalles aledaños a la historia central: Éstos son los “añadidos” redactados que le permiten dar ritmo al texto para que no consistan en sólo hechos enumerados.

En varios tópicos se encontraron similitudes entre ambos espacios sociales: la Maestranza de San Eugenio, y la rama futbolística del Club Deportivo.

En términos de su historia; nacen en un mismo espacio geográfico, al alero de la misma empresa. El decaimiento de Ferrocarriles del Estado que comienza en

dictadura y no se detiene hasta su cierre definitivo en democracia, se correlaciona con la baja en el rendimiento y la falta de recursos en el equipo de fútbol que también termina enterrado actualmente en Tercera B.

El aspecto social de la Maestranza siempre tuvo mucho que ver con el equipo. Los trabajadores eran socios del club por planilla, y asistían a los encuentros con la familia como un panorama fijo, sobre todo cuando se jugaba fuera de Santiago. Tanto los jugadores como los hinchas viajaban en trenes especiales que ponía la empresa.

Y se encuentran ciertas similitudes entre las experiencias relatadas en las fiestas de la empresa, y las celebraciones en las graderías. Así como fueron de anecdóticos los relatos de susurros entre pasillos, Raúl Coloma se encontraba con comentaristas deportivos cuando iba a trabajar los lunes. Los paseos cortos en tren, los panoramas familiares, por ejemplo durante el partido de Colo Colo, se asemejan al carácter anecdótico de la fiesta del “*Caldo e yegua*”.

En términos de personajes, si bien en las crónicas sobre la Maestranza se trata de trabajadores y trabajadoras de la empresa, mientras que en los relatos del Club Deportivo, son los jugadores y el equipo los protagonistas, se logran encontrar ciertas similitudes. Sobre todo en el caso de Raúl Coloma y el resto de los jugadores de su generación, como Carmona que trabajaba en la

Maestranza, Díaz, Huerta, y varios más, no existían grandes diferencias. Todos eran funcionarios, y formaban parte de un mismo grupo de colegas, y en muchos casos amigos.

En los casos en los que los jugadores no fueron trabajadores, se logran vislumbrar ciertas similitudes en términos de historias de vida y sobre todo carácter. Como lo son el caso de Leonel Sánchez y Luis Eyzaguirre en comparación a otros personajes de peso en la Maestranza como Orlando Cortés, Clorindo Contreras e incluso Isabel.

En el desarrollo del capítulo uno de la memoria, muchos de los nombres debieron ser cambiados, o reemplazados por sobrenombres por petición de los mismos entrevistados, que prefirieron mantener muchas cosas en secreto. Algunos incluso solicitaron no presentar transcripciones en los anexos de esta memoria por motivos como vergüenza, pudor, o incluso temor a que algún día uno de sus familiares pudiese identificarlo en relatos anónimos. En dichos casos se intentó utilizar la información que fuese directamente necesaria para completar una historia, o volver a preguntar sobre los mismos casos a otros entrevistados que sí estaban dispuestos a compartir sus conversaciones. En estos casos el cambio de nombre también fue la salida encontrada para evitar romper el “off the record”.

Y en términos simples, efectivamente un gran porcentaje de los entrevistados para la redacción del Capítulo 1, no habían compartido sus historias con otras personas. Mientras que en el Capítulo 2, la mayoría lo había hecho, pero en contextos diferentes con motivaciones distintas.

Gran parte de los relatos tuvieron una alta dosis de comedia, incluso cuando se trataba de eventos trágicos, o tristes. En general la cultura popular, especialmente de la clase trabajadora se destaca por su capacidad de reír frente a la desgracia; tanto ajena como propia. En cierta forma, a través de las crónicas se pudo reivindicar este sentido social de la risa que va más allá de la mera entretenición; sino que pretendía capturar un ambiente en el que se puede encontrar relación con la sociedad de hoy, a pesar de las vastas diferencias.

Un discurso complejo para traer a un siglo en el que todo el lenguaje se adapta a una comunicación digital especial. Frivolidad en varios espacios públicos, y extrema competencia y desconfianza en los espacios laborales. Es precisamente esta ausencia de “Maestranza” en la sociedad actual la que hace tan fácil de comprender y generar identificación con relatos en los que triunfó la camaradería; incluso en los capítulos futbolísticos.

Una relación que cumple uno de los propósitos principales formulados en la introducción de esta memoria de título: generar nostalgia con sentido. Una

memoria que permita nacer la idea de traer de vuelta “los buenos tiempos” a este siglo globalizado, y esta sociedad individualizada en extremo.

BIBLIOGRAFÍA

Santiago Marín Vicuña. (1916). Los ferrocarriles de Chile. Santiago: Imprenta Cervantes.

Héctor Leonardo Fuentes. (2013). Líneas férreas: identidad entre durmientes; la historia del ferrocarril en la Región de Valparaíso. Valparaíso: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

Edgardo Marín. (1995). Centenario historia total del fútbol chileno: 1895-1995. Santiago: Editores y Consultores REI.

Edgardo Marín. (1991). La historia de los campeones. Santiago: La Nación.

Diego Figueroa, Ignacio Morgan. (2014). Los 11: los mejores jugadores de la historia de la Roja. Santiago: Catalonia.

Revista Estadio

Diario El Mercurio

Diario El Pueblo de Copiapó